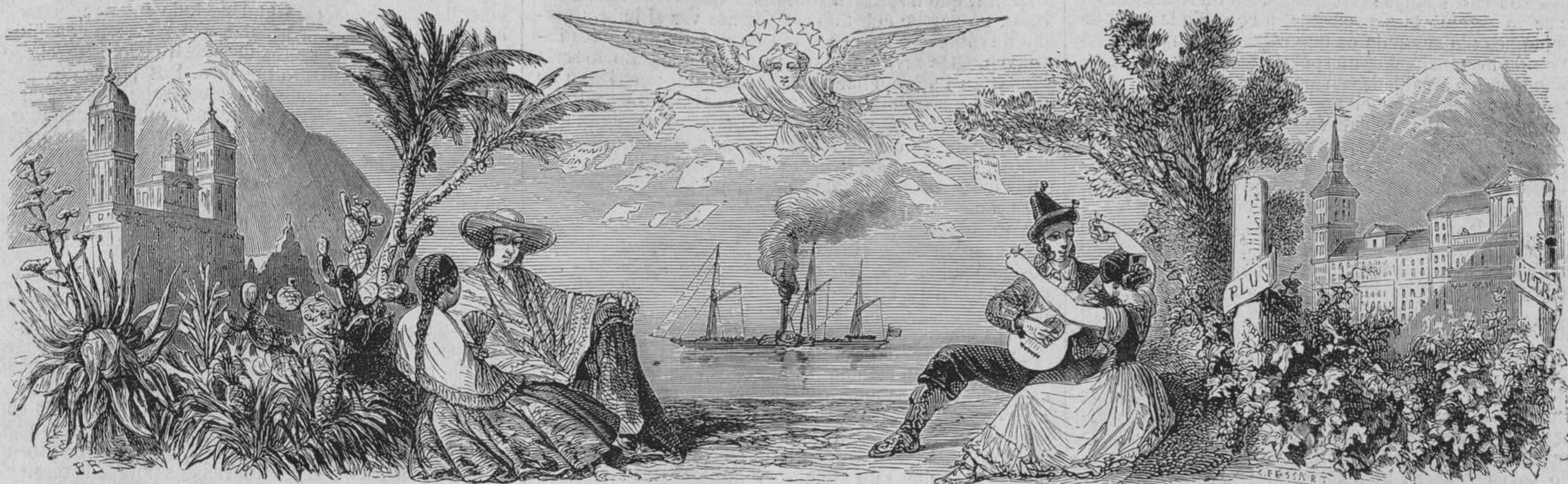


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — Tomo XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 23. — N° 588.

SUMARIO.

El general J. D. Gerlach; grabado. — Los colegios. — Fuego y hielo. — Empleos de los perros en los ejércitos. — Sucesos de Dinamarca; grabado. — Regimiento federal negro atacado por los perros del ejército confederado; grabado. — Revista de Paris. — A Pepa. — Expedicion al interior de Méjico; grabados. — Rompimiento de los diques del depósito de Bradfield; grabado. — Las fiestas del Laid-es-Ghir; grabados. — Paris y Londres en 1793. — Costumbres francesas; grabados. — El corredor de playa. — Revista de la moda. — Problemas de ajedrez; grabado. — M. H. Flandrin; grabado. — El mausoleo del compositor Halevy; grabado.

El general J. D. Gerlach, COMANDANTE EN JEFE DEL EJERCITO DINAMARQUÉS.

El general Jorge Daniel Gerlach, nacido en Eckernförde (Sleswig) el 31 de agosto de 1798, comenzó su carrera militar como fændrik (abanderado) en el año 1813. En 1848 no había llegado sino al grado de mayor. En 1849 tomó el mando del tercer batallón de la reserva con el grado de teniente coronel, y dirigió a este batallón gloriosamente tanto en la acción que tuvo lugar delante de Fredericia, como en la batalla de Isted. Después de esta última batalla fué nombrado jefe de la 6ª brigada de infantería, empleo que conservó hasta el fin de la guerra. En 1850 fué promovido al grado de coronel. En el año siguiente ocupó con dos batallones la fortaleza de Rendsburgo, cuando fué devuelta esta plaza a la Dinamarca por las tropas de la Confederación. En el corriente del mismo año fué llamado al mando de la provincia de Angelep.

En 1854 le nombraron jefe de la 1ª brigada de infantería en Copenhague, y fué elevado al grado de mayor general (general de brigada).

Mas tarde desempeñó las funciones de inspector general de la infantería, y el 24 de diciembre de 1863, con motivo de contar ya cincuenta años de servicios militares, fué promovido al grado de teniente

general, y partió para el ejército en calidad de jefe de la 1ª división.

Como tal tuvo el mando de la primera acción de la guerra presente; y el glorioso desenlace de ese combate contra las fuerzas infinitamente superiores de los prusianos, hace augurar bien del nuevo comandante en jefe.

El general Gerlach tiene todas las cualidades del oficial superior; es amigo del soldado, posee el verdadero valor, mucha sangre fría en el campo de batalla, y aunque haya nacido en la parte sur del Sleswig, es dinamarqués de corazón, y está animado del mas ardiente amor a la patria y a la causa por que combate.

P. P.

Los colegios.

Si el lector recuerda el artículo que publiqué en el número 444 de este periódico, bajo el título de *Algunas reflexiones sobre la instruccion pública*, verá en este un corolario natural de las ideas enunciadas en aquel: para lo que allí dije en teoría voy a proponer aquí algunas indicaciones sobre los medios de ejecución que creo yo podrian aplicarse en la práctica.

Los colegios son una necesidad triste sin duda, pero necesidad al cabo, y supuesto que no es dado prescindir de ellos, lo esencial es organizarlos del mejor modo posible. Pocas son las familias bastante acomodadas para dar a sus hijos el beneficio de la educación e instruccion domésticas completas: además nuestra legis-

lacion en el ramo de instruccion pública, tan viciosa en mi sentir como procuré demostrar en el citado artículo, exige todavía para el abono académico de una parte de la segunda enseñanza, que los niños la reciban ó en los institutos del gobierno ó en establecimientos particulares incorporados a ellos, pero nunca y bajo ningun pretexto en la casa paterna: de aquí para todo el que haya de seguir una carrera pública la necesidad de asistir a un instituto ó de entrar en un colegio, siquiera sea en calidad de externo. Lo primero suele tener graves inconvenientes; lo propio sucede con la asistencia en calidad de externo a un colegio. Los muchachos se distraen mucho yendo y viniendo de su casa al aula y del aula a su casa, aun cuando los acompañe un criado, cosa que no está al alcance de todas las familias: si van solos, no hay para qué decir los peligros de toda clase a que los expone la irreflexion propia de su edad. El colegio es pues el triste recurso (triste, no me cansaré de repetirlo) con que tienen que apañar las familias; y de paso diré que no es esta una de las razones menos poderosas que yo veo para decidir por fin a la administracion a emancipar de toda traba académica la segunda enseñanza.

Las condiciones generales de un buen colegio de niños, que es en lo que principalmente voy a ocuparme, no son difíciles de señalar; pueden concretarse en una sola, a saber, que sean lo mas parecido posible a la casa pa-



El general J. D. Gerlach, comandante en jefe del ejército dinamarqués.

terna. Cuanto menos apartado se considere allí el niño de la vida de familia, mas complacido estará, con mas gusto tomará los estudios y menos se resentirá su salud: ya que no pueda encontrar en ellos el cariño y los cuidados de la casa, procúrese á lo menos que no los mire como una cárcel, que es lo que desgraciadamente sucede en la mayor parte de los casos. Hay para esto razones de varias clases: la primera es que los colegios son casi siempre especulaciones mercantiles, en que se va á ganar lo mas posible, á costa de la salud de los alumnos; la segunda es que reinan en punto á educación de los muchachos una porción de ideas erróneas, profundamente arraigadas en los entendimientos romos, y que se condensan en el antiguo adagio tan absurdo como contrario á la caridad de que *la letra con sangre entra*. Ya, gracias á Dios, no se toma esta fórmula en su sentido recto; ya no se lleva á sus últimas y odiosas consecuencias; ya, en fin, no hay azotes, ni palmetas, ni pescozones, como yo los he conocido en mis tiempos, y los recordarán todos mis contemporáneos, pero todavía se abusa un poco del *rigor* que falsamente se cree necesario para dirigir bien á los niños. Todavía son axiomas corrientes entre los pedagogos rutineros, que los niños nunca tienen frio, que su estómago digiere indistintamente como el del avestruz, los mas viles manjares, que se los debe someter á un régimen *severo* en todo, hacerlos levantar con el alba en toda estacion, acostarlos al anochecer como las gallinas (¡ para ahorrar gasto de luces!); en suma, someterlos á todas las estrecheces de la vida conventual y á la dura disciplina de los cuarteles.

No solo considero todo esto innecesario, sino muy perjudicial, y aun cuando no tuviese para ello otras muchas razones, me bastaria la de que lo único que así se logra es inspirar á los niños una profunda aversión á lo que por fin es ó ha de ser una necesidad para ellos, esto es, á ir al colegio. Apelo á todos los que han sido colegiales; salvo muy contadas excepciones, estoy seguro de que todos recuerdan con terror los años de hambre, desaseo y privaciones de toda clase que pasaron entre las austeras paredes del colegio, y si esto no obstante, suelen mezclarse á aquellos recuerdos sombríos algunas ideas risueñas, es porque la imaginación es un magico prisma que lo dora todo, y porque el periodo de la edad juvenil es tan hermoso de suyo, que por mas trabajos que necia é inútilmente se le echen encima, todos quisiéramos volver á él, trocando gustosos nuestra risa por sus lágrimas. Dice además Ossian con profunda filosofía: *¡ Dulce como el recuerdo de las pasadas tristezas!* Este es el caso de las impresiones, tal vez halagüeñas, que suele encontrar la fantasía cuando evoca los tiempos en que un impertinente *inspector* nos mandaba como á reclutas en el colegio.

No trato de dirigir en particular mis censuras á tal ó cual establecimiento determinado. Reconozco que algunos, particularmente en España, que es donde mas he tenido ocasion de estudiarlos, llenan bien las condiciones que mas pueden apeteer en ellos las familias, — moralidad é inteligencia en el director y en los profesores, local apropiado y abundancia de los medios materiales de enseñanza. Parece á primera vista que nada mas debería exigirse, y sin embargo yo creo que aun puede y debe hacerse mas: resta acercarse *algo mas todavía* al régimen interior de las familias, en lo que tiene de bueno para la salud y el adelantamiento de los alumnos, evitando los inconvenientes del excesivo regalo casero. Si yo me decidiese algun dia, de lo cual no estoy muy distante, á fundar un colegio como yo entiendo que deben ser, hé aqui lo que haria, ó procuraria hacer por lo menos.

Establecido en Paris hace algunos años, á Paris se aplica naturalmente el pensamiento que en breves palabras voy á desarrollar, y que, sea dicho de paso, se me ha ocurrido considerando el grandísimo número de familias españolas y americanas que por diferentes motivos envían aqui sus hijos á educarse. Raro es el liceo, raro el colegio particular en que no se encuentran algunos niños españoles y americanos, y muchas veces me he preguntado á mi mismo: Cuando esos niños concluyan aqui sus estudios de segunda enseñanza, y en el caso muy probable de que tengan que ir á cursar la superior en su respectivo país, ¿ estarán aptos para emprenderla? Prescindiendo de la dificultad de incorporar en las universidades ó escuelas á que se dirijan los estudios hechos en Francia, naturalmente con arreglo á los planes aqui vigentes, ocurre otra dificultad no menor, y es la de que aqui han olvidado ó punto menos la lengua patria, no han aprendido en manera alguna nuestro lenguaje técnico en artes y ciencias, y por ello aun cuando conserven todavía algun recuerdo del castellano, por fuerza han de verse apuradíssimos al pasar sus exámenes en la tierra donde nacieron. Cien veces he visto esto en Madrid; muchachos que habian seguido brillantemente sus estudios de segunda enseñanza en Paris, hacían la mas deslucida figura ante nuestros examinadores por su mala pronunciación y por los términos exóticos de que se valían, provocando tal vez la hilaridad del concurso y de sus mismos jueces. Los pobres muchachos conocían el falso terreno en que estaban, y aumentando esto su confusion, los hacia parecer ignorantes sin serlo, y hasta tontos tambien, porque lo parecían, pues sabido es que todavía rige en el mundo el gran axioma de Quevedo de que lo son todos los que lo parecen, sin contar la mitad de los que no lo parecen y lo son tambien. Otra consideración se me ocurria, y la creo importante para el porvenir de los jóvenes; los que se erian en estos colegios y no están destinados á vivir aqui, pierden el beneficio, utilísimo con frecuen-

cia en el discurso de la vida, de las fraternales amistades formadas en la infancia, que para muchos llegan á ser con el tiempo un verdadero patrimonio. Por último, contraen necesariamente hábitos extranjerados y necesidades que regularmente no podrán satisfacer en su país, resultando de todo que vendrán á ser algun dia extranjeros en su patria. Como por otra parte hay muchas familias, y la experiencia de todos los dias lo demuestra, que *no pueden* prescindir de educar aqui á sus hijos, no parece cuestión indiferente ver si habria medio de satisfacer su necesidad en ese punto sin los inconvenientes arriba dichos, y yo creo que el único seria fundar en Paris un buen colegio hispano-americano de primera y segunda enseñanza, preparatorio para todas las carreras: de aqui la idea de fundarlo que segun dije antes se me ha ocurrido alguna vez, y que no estoy distante de realizar. Dada esta natural explicación, vuelvo á los medios prácticos de plantear mi idea que poco antes prometí indicar.

Lo primero seria encontrar en las inmediaciones de esta gran ciudad un local espacioso, aislado, en una exposición saludable, con un buen jardín arbolado y un gran patio para los ejercicios gimnásticos. Digo en las inmediaciones de Paris y no en Paris mismo, porque el aire es allí mas puro, no hay el tumulto ni el bullicio de las grandes capitales, y se evita el peligro de atravesar calles populosas cuando los alumnos salen á paseo. Ya que el local no se construyese expresamente para el objeto, que seria lo preferible, deberían hacerse en él los necesarios reparos para cambiar el sistema generalmente admitido de dormitorios y clases comunes para la totalidad ó siquiera un número grande de los alumnos: ese sistema, en cuyo abono solo puede alegarse la economía que proporciona á los empresarios del colegio, me parece esencialmente vicioso. Ningun dormitorio debería contener arriba de seis camas; nada mas nocivo para la salud que la excesiva aglomeración de distintas respiraciones en un mismo local, por vasto que sea. Quédese eso para los hospitales y los cuarteles, donde el Estado que los dispensa gratuitamente ó por su solo interés, atiende ante todo á la economía, pero no conviene á niños, acostumbrados al buen trato de sus casas y cuyos padres pagan para que se los trate bien. Otras consideraciones demasiado obvias para que necesite insistir en ellas, aconsejan hasta por decencia que la comunidad de los dormitorios se reduzca lo mas posible, toda vez que el aislamiento total de cada alumno en un dormitorio particular tiene tambien sus inconvenientes, todavía mayores. Lo propio digo y por razones análogas de las salas de estudio: los muchachos se distraen mucho en esas grandes reuniones que uno ó dos inspectores no pueden vigilar suficientemente, bastando la travesura de unos pocos muchachos para inutilizar la buena disposición de muchos. Solo en el refectorio creo yo que podrian estar reunidos sin inconveniente lo mismo que en las horas de recreo, pues que de ellas vienen á formar parte las de comer, todos los muchachos de una misma clase ó seccion.

En dos grandes secciones se dividirían naturalmente los alumnos, siendo unos de primera y otros de segunda enseñanza: unos y otros deberían tener entre si el menor roce posible, procurándose que habitasen en distintas partes del edificio, y que hasta para sus juegos tuviesen locales separados. Por lo demás, creo que el régimen general de vida debería ser el mismo para todos, pues no pareciéndome necesario ni aun conveniente someterlos en ninguna edad á rigores extremados, el mismo número de horas de trabajo, las mismas horas de levantarse y acostarse deberían regir para los niños de siete á diez años próximamente que cursasen la primera enseñanza, y para los de diez á diez y siete ó diez y ocho que siguiesen los cursos de la segunda. Levantarse á las seis en verano, á las siete en primavera y otoño y á las ocho en invierno, me parece muy suficiente, y yo no les impondría mayores madrugones, limitándome á exigir una puntualidad militar en esas como en todas las horas señaladas para todos los ejercicios y anunciadas á toque de campana. Siempre me ha parecido una crueldad inútil y que seria ridicula si no fuera una crueldad, obligar á unos pobres niños á dejar el calor de la cama á las cinco de la mañana en el mes de enero, y en este duro clima de Paris ó en el de Madrid que tampoco es blando, hacerlos lavarse con agua fria, cuando no helada, la cara y las manos llenas de sabañones, ó mas bien no lavarse ni manos ni cara, pues no es posible en condiciones tan inhumanamente disparatadas: así se acostumbran á ser desaseados, y no es raro que el frio los entontezca además: solo una necia rutina puede conservar ese verdadero abuso de los madrugones excesivos, sobre todo en una estacion y en unos climas en que no acaba de amanecer ó á lo menos, en que no se ve claro para trabajar hasta las siete ó las ocho de la mañana. Apenas levantados, yo les haria dedicar media hora al aseo de su persona, no al aseo superficial y aparente que se acostumbra en los colegios, sino al que se practica en las casas bien ordenadas y aconseja la higiene, y que la costumbre acaba por convertir en una imperiosa necesidad. Por eso juzgo muy facil llenar esta condicion vital de todo buen programa de educación; no creo que se necesitara mucha vigilancia para que los muchachos no faltasen en ese punto; podria necesitarse solo á los principios con los que viniesen mal acostumbrados de sus casas, pero ya una vez hechos á un aseo suficiente, no hay que temer que los descuidasen, pues como he dicho, seria para ellos una verdadera necesidad. Cumplido con lo que se debe á la limpieza del cuerpo atenderian á la del alma, pasando á oír su misa diaria, en la capilla que habria

en el colegio, y oída la misa, un desayuno adecuado á la costumbre y al gusto del alumno les daria fuerza para emprender las tareas del dia. Cuatro horas despues, horas alternativamente ocupadas por las clases y el estudio, se les serviria una abundante y sana comida, que debería ser la antítesis de las que se usan en los colegios de Paris, cuya roñosería proverbial, cuyas flatulentas habichuelas y cuyos incomibles postres son el tema inagotable de los sarcasmos y de las maldiciones de todo colegial francés, y mas aun de todo infeliz muchacho español, condenado á pasar á ese régimen cenobítico desde las dulzuras caseras de nuestro exquisito chocolate y nuestro suculento puchero. Dos platos de buena carne, despues de una sustanciosa sopa, dos verduras y un postre segun la estacion, son lo menos que puede y debe darse á muchachos acostumbrados á la copiosa alimentación de nuestras familias acomodadas. No una hora, segun la costumbre general, sino dos, creo yo, que deberían dárseles de descanso despues de comer, pues una es poco para la digestion; pero esas dos horas no serian enteramente perdidas para el adelanto de los muchachos. La primera seria puramente de recreo, la segunda debería emplearse ya en ejercicios gimnásticos, ya en la equitación y en la esgrima, ya en repasar el piano ú otro instrumento, ó en el baile los que á estos adornos se dedicasen, ya por fin en salir á paseo cuando el tiempo lo permitiese, pues estoy muy mal con eso de tener para el paseo dias fijos, prescindiendo de si hace ó no buen tiempo para salir: el resultado con esto es que muchas veces los muchachos se quedan sin ese saludable y grato ejercicio. Luego se volveria al estudio y las clases durante otras dos horas; la merienda y un rato de recreo llenarian la hora siguiente, á que seguirian dos horas de estudio, el rosario y la cena, viniendo á acostarse á las diez de la noche.

Hasta aqui no he tratado mas que de lo que llamaré la vida animal, menos indiferente de lo que quisieran algunos censores adustos, pues si bien es cierto que no solo de pan vive el hombre, tambien lo es que el cuerpo necesita estar bien mantenido para que el espíritu no claudique, sobre todo durante la niñez y la primera juventud. Las austeridades no convienen mas que á la edad viril, y solo de ella las exige nuestra amorosa madre la Iglesia. Voy ahora á decir algo del régimen de los estudios que yo estableceria en el colegio imaginario de que voy tratando. De los de la primera enseñanza nada hay que decir; solo que yo pondria especialísimo cuidado en una cosa que por lo comun se descuida lastimosamente, y es en que los niños aprendiesen á leer bien. Esto parecerá una paradoja, si no un despropósito, pero la experiencia de todos los dias me demuestra cada vez mas que son rarísimas las personas capaces de leer con sentido y enterándose bien de lo que leen, no ya un libro de poesías ó una comedia ú otro escrito que requiera cierta entonación, sino un libro cualquiera, y si se me apura, una simple carta. No basta leer uno para si, es preciso que los niños sepan leer en alta voz, penetrándose bien de lo que leen, para que el que los oye se penetre de ello igualmente. Tanto para la lectura, como para el latin, la historia, la geografía y algunos otros estudios de la segunda enseñanza, el colegio debería tener buenos profesores españoles ó americanos, con el objeto de que los niños recibiesen en su lengua nativa las primeras y mas esenciales nociones del saber; en el latin sobre todo debería evitarse que adquiriesen la viciosa y á veces ridicula pronunciación francesa á que nuestros oídos meridionales nunca se podrán habituar, y que destruyen para nosotros toda la armonía y todo el encanto de la hermosa lengua de Virgilio. No me apuraria mucho el temor de que los niños no aprendiesen el francés; mas de temer seria que olvidasen el castellano. El francés lo aprenderían naturalmente y sin esfuerzo en el trato continuo de los inspectores y otros dependientes del colegio y en el de algunos profesores de ciertas materias que sin inconveniente podrian elegirse entre los del país, tales como los de escritura, dibujo lineal y de adorno, gimnasia, música, y aun de algunos elementos de las ciencias que se exigen en la segunda enseñanza, como la historia natural, la física y la química. Por regla general todo lo referente á la seccion de letras, en que se forma el gusto y puede servir de complemento al estudio de la lengua patria, debería correr á cargo exclusivo de profesores españoles: lo relativo á la seccion de ciencias y á las artes de adorno, no veo inconveniente en que se confiase á profesores franceses, siempre que no se pudiese pasar por otro punto. Los estudios se harían en el tiempo, modo y forma que exige nuestra *ley* vigente, para que sin dificultad pudiesen incorporarse en España adquiriendo así validez académica en cualquier período en que los padres tuviesen que hacerlos interrumpir en Francia; de la propia manera serian válidos en cualesquiera establecimientos franceses ó de otros países en que los jóvenes hubiesen de seguir cualquier carrera literaria ó industrial, pues para todas seria *preparatorio* un colegio establecido sobre el plan que aqui no hago mas que bosquejar, pero que bien se comprende que podria preparar para todas estando como he dicho ajustado á las prescripciones de nuestra *Ley* de 1857. No conozco las legislaciones que rigen este ramo en los diferentes Estados de América; pero para el caso es igual: en todos los países se necesitan próximamente los mismos estudios preparatorios para el ejercicio de las mismas profesiones, y si en alguno por circunstancias particulares se exigiese algun estudio mas, todo se reduciría para el alumno hacer ese estudio supletorio, ya en el colegio mismo, ya luego que saliese de él, ó mas tarde en su mismo país.

He dejado para lo último, aunque es sin duda lo mas

importante, el punto esencialísimo de la instrucción religiosa. Siendo nuestra religión católica la única practicada en España como en todos los países de origen español, salva alguna excepción rarísima, uno de los grandes inconvenientes que encuentran nuestras familias y las americanas para poner a sus hijos en colegios franceses, siempre que no sean los de algún instituto religioso, es que en ellos la libertad de cultos vigente en el país los expone a un roce inevitable con profesores y compañeros de otras comuniones; esto es un gran motivo de angustia para muchas conciencias. En el colegio hispano-americano de que se trata, ese grave inconveniente no existiría; en él no habría más que niños criados en la comunión católica, y un sabio y virtuoso sacerdote español sería su director espiritual y les haría cumplir diariamente sus deberes religiosos. Otra importante garantía de moralidad y orden encontrarían las familias en el *consejo de administración*, compuesto de personas de alta posición y reconocida probidad que debería estar al frente del colegio, inspeccionar su régimen interior, enterarse de los adelantos de los niños, y en suma atender a los intereses de estos como una especie de tutor. Para las familias americanas sería sobre todo preciosa esa garantía; y a fin de hacerla más eficaz, entiendo yo que deberían ser individuos natos de ese consejo, por interés de sus nacionales y por patriotismo, todos los señores ministros de los Estados americanos residentes en París.

He dicho al principio que iba a hablar principalmente de los colegios de niños. Al llegar ahora a los de niñas, me encuentro con que solo una cosa hay que decir de ellas, y es que lo mejor sería que no hubiese ninguno. Estos no son una *necesidad* como los otros, salvo en el caso único de las niñas que se dedican a maestras, y aun esas mismas pueden muy bien completar sus estudios con dos años de asistencia a una escuela normal, sin necesidad de hacer vida de colegialas. Las niñas no deben apartarse nunca del ala materna; si alguna vez por circunstancias muy especiales, de las cuales es por desgracia la más común y la más triste la de haberse quedado sin madre, tienen que pasar por la prueba de dejar, antes de casarse, la casa en que nacieron, los conventos abiertos a la enseñanza son, creo yo, su mejor refugio, por la razón sobre todas de que para la mujer en general la educación moral y religiosa es infinitamente más esencial que la instrucción propiamente dicha. Importa más que sean buenas que no que sean sabias.

EUGENIO DE OCHOA.

Fuego y hielo.

Era la noche de Navidad, ¡qué frío hacía! tras de la nieve había venido la helada; tras de un día cruel, una noche más cruel aun.

Bien podrían conocer hasta los que iban en coche lo desagradable de la temperatura, si la gasa que empañaba los cristales permitiera observar la escasez de gentes que transitaban por las calles, lo mucho que se cubrían y el paso precipitado que por añadidura llevaban.

Al principio de esta noche tan cruda, atravesaba la Puerta del Sol una pobre niña como de diez a doce años.

Si la hubiérais visto cuando acertaba a pasar por debajo de los faroles que tienen la pretensión de alumbrar la Coronada Villa, de seguro la habríais reconocido. Es imposible que no hayáis tropezado con ella por las calles de Madrid, y es imposible también, que habiendo tropezado con ella, no os llamaran la atención aquellas facciones delicadas, aquel contorno puro y suave, aquellos ojos negros llenos de expresión, aquella boca en que se dibujaban los pliegues del candor y la bondad, aquellos dientes pequeños e iguales, que brillaban cuando pasaba por delante de las luces, como brillan las conchas de nácar en la orilla del mar cuando las hieren los rayos del sol, aquella blancura, en fin, un poco tomada por la acción de la intemperie, con el color que toma el mármol expuesto durante siglos a la acción de los vientos y las lluvias.

¿A dónde iba a tales horas aquella criatura, sola, mal vestida y temblando de frío?

Poco tardó en llegar al sitio que buscaba. Detúvose en una esquina, apartó con los pies el lodo helado trazando un círculo como de medio metro, se sentó en el suelo, descubrió la mitad de una caja que llevaba colgada del cuello cubierta con el manto viejo y raído que la servía de abrigo, y con voz clara y dulce, empezó a gritar:

— ¡Cien cerillas por dos cuartos!

Entre grito y grito la pobre niña cambiaba de postura, buscando sin duda una más abrigada que las otras: pero ¡qué postura hay buena para mitigar el frío, cuando no se tiene más abrigo que el que ella tenía! El pañuelo de algodón que cubría su cabeza, estaba mojado como si le acabaran de sacar del río, y las trenzas y mechones de cabellos castaños y finos que se escapaban del pañuelo cayéndola por el cuello, habían adquirido con el rocío de la helada la rigidez de la cerda; mojado también estaba el roto manto, cuyos picos colgaban por la cintura, y más mojado y más roto todavía el remendado vestidillo de percal que ceñía el cuerpo de la fosforera. En vano trataba de cubrir con él los pies enteramente desnudos: ya no la quedaban ni los zapatos viejos que debía a la caridad de quien

tenía doble pie que ella: el uno había desaparecido enterrado en un lodazal; el otro la había abandonado al atravesar una calle por entre dos lujosos carruajes que la cruzaron a la carrera, y que estuvieron a punto de cogerla entre las ruedas.

— ¡Cien cerillas doy por dos cuartos! seguía gritando la pobre fosforera: ¡de cartón y de cerilla, a escoger a dos cuartos!

Pero la Nochebuena era noche bien mala para la vendedora: ó todo el mundo estaba provisto de fuego, menos ella, ó nadie le quería por no tomar frío deteniéndose a comprar fósforos: lo cierto es que al cabo de una hora, ni había vendido una caja, ni había recogido un cuarto.

Mucho frío y mucha hambre sentía la pobre niña; mucha luz veía salir por los balcones y mucho humo por las chimeneas de las casas; muchos criados pasaban delante de ella con manjares de todas clases; muchos celebraban la Nochebuena; ¡muchos también sufrían la noche mala!

La hora de salida de los cafés y de entrada en los teatros había pasado sin que la fosforera cambiase su mercancía por moneda alguna; el frío se apoderaba de ella por momentos: ¡si se atreviera a volverse a la guardilla donde vivía! Pero ¿cómo sin llevar cuando menos la peseta que la obligaban a recaudar todas las noches? ¡Si viviera su madre! De la madrastra no tenía que esperar compasión, la maltrataría inflexible y duramente en cuanto la viera entrar con las cajas que la había entregado y sin la peseta en el bolsillo.

Hé ahí las reflexiones que cruzaban por aquella imaginación infantil, en los intervalos del grito, cada vez más débil y apagado, de — ¡Cien cerillas por dos cuartos!

Pasaban las horas sin que nadie se le acercase; ya no había fumadores en el mundo; pasaban las gentes riendo y cantando, y la fosforera lloraba; pasaban los borrachos con la cabeza caliente, y la fosforera se moría de hambre y frío.

De pronto se le ocurrió una idea.

Tenía los pies y las manos como pedazos de hielo, y llevaba el fuego en la caja puesta a la cintura.

¡Qué consuelo la daría un fósforo si se atreviera a encenderle! ¡cómo la calentaría los dedos!

Por fin se decidió; sacó uno y le rozó con la caja: ¡ritch! ¡qué luz y qué calor el de la cerilla! ¡qué alivio sintió cubriéndola con la mano! ¡qué claridad tan hermosa y tan caliente se escapaba por entre los dedos!

Parecióla a la pobre niña que estaba sentada delante de una gran chimenea llena de carbon de piedra, cuyas brasas se reproducían muchas veces en los adornos dorados que sostenían la repisa: brillaba tanto aquel magnífico fuego, calentaba tan bien, que ya se disponía la fosforera a extender los pies sobre los morrillos, cuando se extinguió la llama, desapareció la chimenea y se encontró sentada sobre el lodo en la esquina, con la puntita de una cerilla abrasada en la mano.

Poco había durado el fósforo y encendió otro, que estalló y brilló dando a la pared que formaba la esquina la transparencia de un cristal. La niña podía ver como si estuviera dentro de la casa un lujoso comedor, con una gran mesa cubierta de porcelana fina, de brillante cristalería, de ricos candelabros dorados, de ramilletes de flores y de excelentes manjares. ¡Qué cena aquella! solo en casa de los amos de su madre había visto la fosforera una mesa semejante: ¡qué perfume tan delicioso despedía un ave asada que empezaba a trinchar el criado!

Pero ¡oh sorpresa! ¡oh felicidad! de repente el ave salta de la fuente con el trinchanto clavado, rueda por el suelo y va a parar junto a la cabeza de la hambrienta niña... La cerilla se apaga, y de todo aquello no queda más que la esquina de piedra y el frío de la helada.

Aun se atreve a encender el tercer fósforo: el viento del Norte se lo apaga; pero la niña ve no una luz, sino infinitas, tantas como las estrellas que se distinguen en el cielo: la cerilla con la cabeza hecha brasa se le cae de la mano y exclama:

— Una estrella ha caído del cielo, y cuando cae una estrella dicen que es señal de que baja un alma a ver a quien más quiere de los que dejó en el mundo.

Entonces coge dos, tres, seis cerillas y las enciende juntas, y se produce una gran luz, en medio de la cual ve la hija delante de sí a su madre, que la contempla con infinita ternura.

— ¡Madre mía! exclama la niña sollozando, llévame contigo; yo sé que cuando las cerillas se apaguen desaparecerás, como desapareció el calor de la chimenea, como desapareció el alimento que estuvo junto a mí. ¡Llévame contigo, madre mía!

Y la hija encendió a un tiempo todas las cerillas de la caja, temiendo que su madre se fuese sin llevarla: la caja dió una luz más clara que la del día; la hija vió a su madre distintamente como cuando estaba viva y la estrechaba en su seno...

La caja se apagó.

A la mañana siguiente, un hombre que pasaba por la calle encontró recostada en la esquina a la niña de los fósforos; tenía las mejillas encendidas, y en la boca la expresión de una dulce sonrisa.

El hombre la llamó, y no contestó: la cogió por un brazo y no se movió.

— ¡Pobre chica! dijo el hombre, se ha dormido y la helada del amanecer la ha matado.

Colgado del cuello conservaba el cajón lleno de fósforos; sobre las rodillas una caja de cerillas vacía, cuyo cartón estaba carbonizado.

¿Qué había sido aquello? ¿sueño ó realidad?

Realidad había sido para la pobre niña la Nochebuena: ya no volveréis a tropezar con ella en las esquinas; ya no la maltratará la madrastra; el cadáver no fué a la guardilla y quedó libre de llevar la peseta. Sueño habían sido las brasas de la chimenea, el olor del ave, la caída de la estrella, la aparición de la madre: si ella hubiese visto a su hija, con un beso la habría dado calor, alimento, luz y vida.

Cuando encendais con un fósforo la chimenea, acordaos de los que se hielan por vender el fuego: cuando os sentéis a comer, acordaos de los que se mueren de hambre.

A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Empleos de los perros en los ejércitos.

En los tiempos antiguos, en la edad media y hasta en los tiempos modernos, la especie canina ha sido empleada militarmente en las guarniciones y en las batallas. Antes que los romanos empleasen en la guardia del Capitolio los gansos que despertaron a Manlio a la llegada de los galos, los perros formaban la primera línea de la guarnición permanente de aquella fortaleza. Cicerón y Tito Livio lo afirman, y el orador romano dice que eran mantenidos por el tesoro público. Polibio cuenta que sitiando Agesilao, a la cabeza de los lacedemonios, la ciudad de Mantinea, para impedir que sus aliados se comunicasen con los sitiados, estableció puestos avanzados de perros, que a manera de una policía incorruptible, daba buena cuenta de los desertores si se atrevían a traspasar los límites del campo enemigo. En el mismo escritor leemos que Aliates, rey de Lidia, en guerra con los cimerianos, llevaba jaurias de perros de extraordinaria magnitud, los cuales, lanzándose contra el enemigo en las batallas, dieron más de una vez la victoria a los de Lidia. Cuando Filipo invadió la comarca de Arbela, cuyo terreno es aspero y montañoso, llevaba perros buscadores. Eladio habla de una batalla que tuvo lugar entre los habitantes de Efeso y los de Magnesia, en que los últimos debieron la victoria a sus perros. El mismo autor dice que los colonos tenían cohortes de perros que les servían de vanguardia y desordenaban las filas enemigas. Plinio, lejos de mirar con desprecio esta especie de combatientes, hace mención de ellos, considerándolos como aliados muy poderosos, cuyo auxilio era tan eficaz, que una vez empeñada la acción, ni soltaban su presa, ni huían nunca, ni eran exigentes en pedir honores ó aumento de sueldo: *Erant fidissima auxilia nec stipendiorum indigna.*

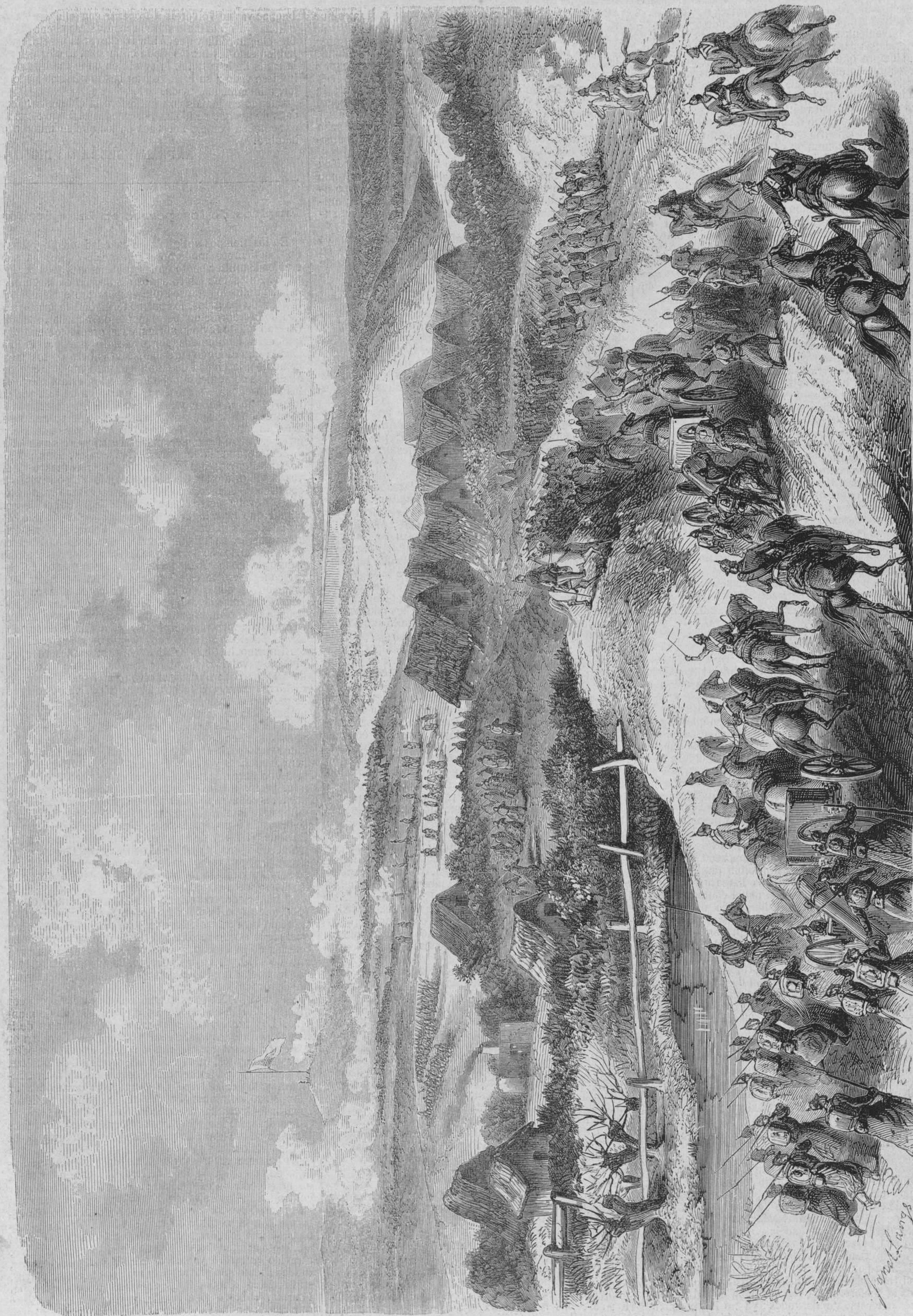
El mismo historiador dice que Caramantes recuperó el trono y volvió del destierro con auxilio de un ejército de 200 perros: *Garamantum regem canes ducenti ab exilio reduxere, praeliati contra resistentes.* Los antiguos se servían de los perros en la guerra para descubrir las emboscadas del enemigo. La historia de Inglaterra está llena de grandes batallas en que se distinguieron los perros de Escocia. Olans Magnus, arzobispo de Upsal y autor verídico, escribió en el siglo XVI una historia de las costumbres y guerras de los pueblos del Norte, en la cual refiere que los holandeses enseñaban habilmente a los perros a combatir contra la caballería, y a derribar a los caballos mordiéndolos en las narices. El mismo autor dice también, que cuando el emperador Carlos V se disponía a guerrear contra Francisco I de Francia, Enrique VIII, rey de Inglaterra, envió al monarca español un ejército y 400 perros ingleses. Los reyes de Escocia, según vemos en algunas obras de Walter Scott, se servían también de este medio económico de hacer la guerra a los clanes sublevados.

El historiador veneciano Sabellica, que murió el año 1506, dice que la plaza fuerte de Saint-Malo (Francia) no tenía otra guarnición que una compañía de perros que por la noche se soltaban desde que se cerraban las puertas de la ciudad, y este uso se conservó hasta el año de 1770, en cuya época, habiendo desembarcado por la noche imprudentemente un oficial de marina, fué devorado por los perros.

En el siglo XVI los piemonteses se sirvieron con mucha utilidad de los perros en sus guerras de montaña. Los turcos, principalmente los habitantes de la Bosnia, en las campañas de 1769 a 1774, llevaban en sus ejércitos grandes jaurias de perros para custodiar los campamentos. El año de 1788, en el sitio de Dubitz, los perros turcos no dejaban al enemigo abrir la trinchera, y los del cuerpo de vanguardia acampado en Gino-Berdo, formaban una línea que jamás pudieron rebasar las patrullas austriacas.

Los descubridores y conquistadores de las Américas también se sirvieron de perros de presa en las guerras con los indios.

La primera vez que estos tomaron parte en una batalla en la conquista de América, fué el año de 1495, en la expedición que Colón se vió obligado a dirigir contra los indios de la isla Española, hoy de Santo Domingo, sublevados en el hermoso distrito conocido entonces con el nombre de la Vega Real. Hecho prisionero de una manera asombrosa por Alonso de Ojeda el célebre cacique Caonabo, salvaje de agudo ingenio, atrevido guerrero y mortal enemigo de los blancos, desde el momento que supo su arribo a aquellas playas, su hermano Manicacotex, para vengarle y ponerle en libertad, sublevó toda la isla, y juntando un ejército que algunos autores elevan al número de 100,000 hombres, se puso en marcha para la ciudad de los espa-



SUCESOS DE DINAMARCA. — Combate al frente de Duppel entre las tropas dinamarquesas y la brigada prusiana Gröben el 17 de marzo.

Januel Langs



Regimiento federal atacado por los perros del ejército confederaco.

HOTELIN. HUBEL.

ñoses, lisonjeándose de reducirla a cenizas, como algunos años antes lo había ejecutado el mismo Caonabo en una noche aciaga con la fortaleza de la Navidad.

Colon y su hermano don Bartolomé les salieron al encuentro con un ejército de 200 infantes, 20 caballos y 20 perros de presa. Sabiendo los indios por sus espías cuán reducido era el ejército de los españoles, se movían de que tuviese la presunción de resistir a sus innumerables escuadrones. Los españoles se dividieron en pequeñas partidas y atacaron la gran selva de la Vega Real por muchos puntos á la vez haciendo terribles descargas de ballestas y espingardas, cuyo estruendo y llamaradas, que relampagueaban en la espesura como rayos del cielo, llenaron de pavor á los indios, los cuales hicieron resonar el aire con sus lamentos. Alonso de Ojeda, al frente de los 20 caballos, cargó impetuosamente el centro del ejército enemigo; penetrando por medio de los indios lanza en ristre y espada en mano, y habiendo dado suelta á los perros, completaron la derrota.

En el descubrimiento y conquista de la isla de Puerto Rico, se hace mención de un perro famoso dotado de singular inteligencia y bravura. El perro *Becerrico*, que así se llamaba, tenía parte y media, como si fuese un balletero, de lo que se ganaba en las expediciones, tanto en oro, como en esclavos y demás despojos, lo cual cobraba su amo. Conocía los indios que eran de guerra y los que estaban en paz con los españoles, como si fuese una persona, y entre otras muchas se cuenta la anécdota siguiente:

Un día los españoles dieron una carta á una india vieja para que la llevase á cierto punto de la isla, y ya que se había alejado á buen trecho soltaron el perro, que echó á correr tras de ella.

Viéndose la india perseguida por el perro, paróse en el camino, y sacando la carta, se la mostraba, diciéndole: «Señor perro: yo voy á llevar esta carta á los cristianos; no me hagas mal, perro señor.» Paróse el perro muy manso, dice el historiador Herrera, y comenzó de oler, alzó la perra y orinóla, como lo suelen hacer los perros á la pared, de que quedaron los castellanos admirados.

Becerrico fué padre de *Leonico*, famoso perro del ilustre descubridor del mar Pacífico, Vasco Núñez de Balboa. De este perro habla el cronista Oviedo en los términos siguientes: «Asimismo quiero hacer mención de un perro que tenía Vasco Núñez, que se llamaba *Leonico*, y que era hijo del perro *Becerrico* de la isla de San Juan, y no fué menos famoso que el padre. Este perro ganó á Vasco Núñez en estas y otras entradas mas de 2,000 pesos de oro, porque se le daba tanto como á un compañero en el oro y en los esclavos cuando se partían. Y el perro era tal, que lo merecía mejor que muchos compañeros soñolientos. Era aqueste perro de un instinto maravilloso, y así conocía al indio bravo y al manso, como lo conociera yo y otros que en esta guerra anduvieron y tuvieron razón. Y despues que se tomaban y rancheaban algunos indios é indias, si se soltaban de día ó de noche, en diciendo al perro: *ido es, búscale*, así lo hacia, y era tan grave ventor, que por maravilla se le escapaba ninguno que se le fuese á los cristianos. Y cuando lo alcanzaba, si el indio estaba quedo, asiale por la muñeca ó la mano, y traíale tan ceñidamente sin morderle ni apretar, como le pudiera traer un hombre; pero si se ponía en defensa, haciale pedazos. Y era tan temido de los indios, que si diez cristianos iban con el perro, iban mas seguros que veinte sin él. Yo vi este perro, porque cuando llegó Pedrarias á la tierra al año siguiente de 1514, era vivo, y le prestó Vasco Núñez en algunas entradas que se hicieron despues, y ganaba sus partes como he dicho, y era un perro bermejo, y el hocico negro y mediano, y no alindado; pero era recio y doblado, y tenía muchas heridas y señales de las que había habido en la continuación de la guerra peleando con los indios. Despues por envidia, quien quiera que fué, le dió al perro á comer con que murió. Algunos perros quedaron hijos suyos, pero ninguno tal como él se ha visto despues en estas partes.»

Este empleo de los perros en los combates se ha motejado mucho por los historiadores franceses é ingleses, y sin embargo la Francia y la Inglaterra han apelado al mismo medio en diferentes ocasiones. En el presente siglo los soldados franceses, en la expedición que hicieron á la isla de Santo Domingo, con el objeto de someter al célebre caudillo negro Toussaint Louverture, viéndose destruidos por el azote de la fiebre amarilla y las balas del enemigo, invirtieron grandes sumas en la adquisición de 200 perros de raza en la isla de Cuba, para la caza de negros; en la actualidad elogian los buenos servicios de los perros que emplean en la guerra de Africa, donde tanto se ha distinguido una perra que llaman *la ilustre Blanchette*, el Atila del kábila. Y tambien los humanitarios ingleses, en época no lejana, compraron muchos perros en la isla de Cuba para someter á los negros sublevados en la Jamaica.

Por último, en la guerra que sostienen hoy con tanto encarnizamiento los norte-americanos, los confederados acaban de aplicar en grande escala como arma de guerra los instintos feroces de estos terribles auxiliares, y á los regimientos de negros del ejército federal, ellos oponen regimientos de perros que se precipitan sobre esos desdichados; pero ya en muchas acciones han sido escarmentados con las balas y las bayonetas, y es de creer que los separatistas renunciaran al fin y al cabo á este recurso tan impropio de los tiempos modernos.

J. S. S.

Revista de Paris.

Las últimas fiestas mundanas de la temporada no ofrecen esta vez la animación que han presentado otros años. El horizonte político se muestra cargado de negras nubes, y sin duda á esta triste perspectiva se debe la escasez de grandes reuniones. Sin embargo, en Tullerías se continúan los bailes de los lunes, á los que concurren como quinientos convidados, así como tambien ha habido fiestas en las embajadas de Inglaterra y de Austria. Pero hé ahí todo lo mas notable; el resto se reduce á algunas reuniones íntimas como de despedida, pues ya en el mundo aristocrático la estación se da por terminada. Ya empiezan á circular rumores de emigración, y muy luego el Paris elegante comenzará sus expediciones veraniegas al campo y á los baños. Poco á poco la residencia en la capital se va reduciendo tanto, que al fin llegará á ser un período de algunas semanas.

Los periódicos de estos últimos días nos anuncian una visita célebre, y que no dejará de llamar la atención tanto ó mas que una embajada china ó japonesa. Es la del enano Tom Pouce, que hizo furor en Francia hace algunos años, como no ha dejado de hacerlo en todas las partes del mundo donde ha querido ostentar su microscópica presencia. Y en esta ocasión el afamado general no vendrá solo, pues en febrero de 1863 Carlos Sherwood Stratton (que este es su nombre) se casó en Nueva York con miss Lavinia Warren, preciosa enanita, que le proporcionó el no menos célebre M. Barnum. Tom Pouce tuvo por padrino al comodoro Nutt, otro enano muy conocido, y miss Lavinia Warren estaba acompañada por su hermana, mas pequeña que ella todavía. Toda esta familia diminuta parece se halla en camino para visitarnos. Además veremos al hijo que el cielo ha dado á los esposos, si es posible verle sin telescopio, pues aseguran que es casi imperceptible. Este último hecho es muy interesante para la ciencia, en atención á que muchas veces se habian hecho matrimonios de enanos, y siempre habian sido nulos bajo el punto de vista de la perpetuidad de la especie.

Ya que hablamos de casamientos, vamos á citar uno que acaba de tener lugar en la alcaldía del segundo distrito de Paris, ocasionado por circunstancias bastante novelescas.

Una joven llamada Evelina, huérfana á los diez y seis años y dotada de una hermosura poco comun, había sido recogida por una tia anciana que vivía en un pueblo de las afueras, donde la joven se encontró perseguida por un hombre, que poseedor de cierta fortuna, se creyó le estaba permitido todo. Valiéndose de la astucia y aun de la violencia, logró triunfar de Evelina, y luego la abandonó cuando supo se hallaba en una posición que podía comprometerle.

Al cabo de algun tiempo la joven, con el consentimiento de su tia á quien se había declarado, se retiró á una casa especial, donde dió á luz un niño que murió casi en el instante de su nacimiento. Despues de restablecida volvió á su casa; pero ya en el pueblo sabían lo ocurrido, y el disimulo con que había obrado anteriormente dió márgen al rumor de que había hecho desaparecer al recién nacido.

Enterada la justicia de estos rumores, procedió á una información, la cual puso en claro del modo mas positivo que la criatura había muerto naturalmente; pero en el pueblo no se aceptó esta decisión: se supuso que no había pruebas suficientes para actuar contra Evelina, que sin embargo no por esto era menos culpable. La gente la miraba de reojo, y el pesar que estos insultos las causaban hizo caer enfermas á la sobrina y á la tia, falliendo esta última.

Un honrado industrial del segundo distrito que tiene su fábrica en el pueblo habitado por Evelina, supo por su médico la triste situación de la joven que se hallaba enferma, sin asilo y sin recursos, y compadecido de su miseria, la recogió en su casa. Viudo y joven aun, el fabricante simpatizó con la hermosa Evelina, y como las atenciones que la prodigara dieran lugar á nuevas murmuraciones, resolvió hacer callar á las malas lenguas.

Con efecto, habiéndole convencido los informes que tomó de que la joven había sido desgraciada y no culpable, y que siempre había permanecido digna del respeto y el cariño de un hombre de honor, la propuso el casamiento. Evelina tardó largo tiempo en decidirse, movida por un sentimiento de delicadeza; pero por fin, á fuerza de instancias, el industrial consiguió vencer sus escrúpulos, y como hemos dicho, el enlace se ha celebrado hace pocos días.

Evelina obtuvo de su marido, que con motivo de la bendición nupcial, se distribuyera una suma de mil francos entre los pobres del pueblo, cuyos habitantes se han mostrado con ella tan poco caritativos.

Hé aquí ahora otra anécdota de la semana, mas parisiense y no menos auténtica.

Uno de esos pollitos que decimos en España, y que los franceses llaman *gandins*, hacia la corte á una joven actriz, que por su parte había puesto sitio á los billetes de banco del mozo.

Este era rico, ó al menos lo parecía, lo que no difiere extraordinariamente en la práctica de la gente de su especie.

La actriz tenía acreedores, lo que tambien es cosa corriente entre las actrices.

Ahora bien, un día que los susodichos acreedores alzaban mas la voz que de costumbre, la cómica se dirige á casa del mozo, y entrando de improviso en su habitación, le encuentra justamente abriendo una carta que contenía un par de billetes de á quinientos francos cada uno.

La ocasión no podía ser mas favorable, y la joven formula en efecto su demanda.

El señorito reacio cual ninguno en esto de aflojar la mosca, se hace el sordo; pero ella insiste, explica que necesita unos cientos de francos para salir de un apuro, etc., etc., cuando hé aquí que llaman á la puerta, y se oye la voz de un tío muy severo.

El joven suplica á la actriz que salga inmediatamente; ella responde que no se irá sin dinero, y como la voz del tío se acerca por instantes, el sobrino corre á su bufete, vuelve y pone en la

mano de la obstinada visitante un papelillo flexible que calma al punto toda la resistencia.

Entonces si la actriz se apresura á escaparse por la escalera de servicio, en tanto que el tío penetra por la puerta principal que acaban de abrirle.

La joven huye con el papel estrechándole entre sus dedos tan fuertemente por temor de perderle, que llega á su casa sin haber pensado en abrirle.

Por fin le abre: ¡oh amarga decepción!

En lugar de un billete de banco, lo que tiene en sus manos es un billete de lotería. En lugar de quinientos francos, posee la probabilidad de ganar cien mil; pero ¡ay! es bien seguro que los acreedores no se contentarán con semejante cosa.

Desesperada corre á casa del *gandin* y se encuentra con que este se ha marchado para un largo viaje, sin decir cuándo volvería.

Aquí se concluye el primer acto.

En el segundo y último, la actriz mas acosada que nunca por sus acreedores, gana con el billete en cuestión que había guardado maquinalmente la cantidad de veinte mil francos, que ocho días despues del sorteo entraba en su posesión.

Por supuesto se olvida de pagar á los acreedores, pero en cambio se da la satisfacción de insertar en los periódicos un par de líneas anunciando que ha ganado el referido premio.

¡Vanidad de vanidades!

Al otro día de esta publicación encuentra en la portería de su casa la tarjeta del mozo.

Mujer de arranque, toma un billete de quinientos francos, le pone en un sobre con una tarjeta suya donde escribe: *Se despide para siempre*, y manda el mensaje á su adorador.

La crónica añade que este adorador guardó la tarjeta, ¡y sobre todo el billete!

Las ventas de objetos de arte y de curiosidad, de muebles, manuscritos y antigüedades preciosas toman cada día en Paris mayor importancia. Esta semana el hotel Drouot, donde tienen lugar estas almonedas, ha estado concurridísimo, pues se había anunciado la subasta del mueblaje y la colección de objetos artísticos de la condesa de B... Los competidores eran muchos, y así la lucha fué reñida. Vamos á señalar algunos precios para que juzguen nuestros lectores.

Una caja de rapé ovalada con una escena de bebedores pintada en la tapa al estilo de los maestros flamencos, 6,450 francos. Una miniatura cuadrada que representaba una fiesta campestre, por Van Blarenbergh, 3,500 francos. Una caja redonda enriquecida con pinturas campestres en miniatura, 1,100 francos. Un retrato ovalado de la emperatriz Josefina, en miniatura, por Isabey, 1,500 francos.

Una copa pequeña de cristal de roca con figuras grabadas, 1,000 francos. Un jarro azul turquí con asas cuadradas, montura de bronce cincelado y dorado, 6,200 francos. Dos mas pequeños del mismo color, porcelana de Sevres, 1,100 francos.

Una cómoda del tiempo de la Regencia con dos cajones y dos puertas en los lados, guarnecida de bronce, 4,800 francos. Otra cómoda de la época de Luis XVI, ricamente guarnecida de bronce cincelados y dorados, 5,600 francos. Dos estantes de madera embutida, con cristales, 2,400 francos.

Por último, cuatro cuadros que representaban los cuatro elementos, el Agua, la Tierra, el Aire y el Fuego, por Lagrenée, 15,200 francos. Esta venta produjo cerca de 100,000 francos.

Anteriormente había habido otra no menos notable, la de la preciosa colección de libros que se ha decidido á vender la duquesa de Berry. La mayor parte de estos libros tienen en la primera hoja la firma autógrafa de su último poseedor. Los adornos de estos manuscritos son muy variados y ofrecen en general bonitos tipos, pero las miniaturas de ellos, sobre todo las mas antiguas, son muy inferiores. La pintura alemana é italiana contribuyen tambien á la riqueza de estos libros hoy diseminados en muchas manos.

No queremos citar mas que una de las preciosidades de la colección, y es un devocionario ejecutado por Enrique II, y enriquecido luego por Catalina de Médicis, con una serie de retratos históricos debidos unos á Claret y otros á Petiot. Estos retratos ascienden á cincuenta, y entre ellos se distinguen los de Luisa de Saboya; Enrique II (delfín); el duque de Saboya (el que ganó la batalla de San Quintin); de la reina Claudia (hija de Luis XIII) casada con Francisco I; de Margarita de Orleans, duquesa de Alençon, reina de Navarra, hermana de Francisco I, abuela de Enrique IV; de René (de Alençon); de Francisco I; de María Stuarda; de Carlos IX; de Felipe II; de Enrique IV y de su mujer Margarita de Francia, hermana de Enrique III; de Catalina de Médicis, «siendo joven y casada con Enrique duque de Orleans, que fué despues rey de Francia.» según indica el mismo manuscrito.

Esta joya de la colección subió en la venta al precio de treinta mil francos.

La efervescencia ocasionada por el desenlace de la causa formada contra M. Armand, de que hemos dado cuenta en nuestra última revista, no se ha calmado todavía en Montpellier. Las autoridades se ven obligadas á tomar las medidas mas severas para impedir que los revoltosos repitan sus demostraciones agresivas contra las personas que han declarado en favor de Armand. Entre tanto este se ha apresurado á venir á Paris, donde seguramente podrá vivir tranquilo, pues la opinión pública en general, aprueba el fallo decisivo del jurado.

Los periódicos judiciales de la semana nos han dado á conocer un incidente que habría pasado desapercibido en otras circunstancias, y que en la ocasión actual no ha dejado de llamar la atención, porque es como si dijéramos el reverso de lo ocurrido entre Armand y su sirviente. La protagonista es una criada que en el espacio de quince días ha acometido varias veces al vizconde de Vitrolles, su antiguo amo, quien ha debido declarar al tribunal estos actos de violencia.

De su queja resulta que Melania Morin, de edad de veinte y ocho años, ha venido expresamente de Rochefort, donde estaba acomodada, para tratar de impedir un casamiento que el vizconde está á punto de contraer, por medio de escenas escandalosas. Con efecto, parece ser que Melania Morin le había espera-

do todo un día en la calle Joubert; que á las ocho de la noche le dió fuertes golpes con un paraguas, dejándole el rostro ensangrentado, y que amenazada por el baron de Vitrolles que acompañaba á su sobrino, con hacerla prender, respondió que esto la importaba poco, y siguió vociferando y reuniendo gente.

El vizconde se expresa en estos términos:

— Mi criada se ha aprovechado de esto; viendo que venía á injuriarme á mi domicilio, la arrojé á golpes y me hizo que la diera 600 francos, prometiéndome por escrito que no se quejaría; sin embargo, seis meses despues tuve que comparecer ante el tribunal, donde me condenaron á una multa con 800 francos de daños y perjuicios. Bien caros he pagado aquellos ligeros golpes, para tener ahora derecho de vivir en paz.

Interrogada Melanía Morin, lo confiesa todo y añade:

— En tanto que no me dé para vivir con mi hijo, le perseguiré por todas partes sin que nada me detenga. Si me llevan á la cárcel, no solo no cambiaré mi determinacion, sino que allí aprenderé maldades y seré peor para él cuando salga en libertad.

— La paternidad de vuestro hijo no está reconocida ni probada, dice el presidente, y vuestro aserto no puede justificar los actos que pesan sobre vos.

Y el tribunal la condena seguidamente á veinte y cuatro horas de encierro.

El Teatro Francés acaba de poner en escena una comedia impacientemente esperada hace algunos meses. Esta produccion es debida á uno de los escritores dramáticos de mas chispa que cuenta la literatura francesa, M. Labiche, autor de varias piezas muy celebradas en los teatros de vaudeville, donde como es sabido, las agudezas de cierto género se dicen sin ambages ni rodeos. Todo el mundo deseaba pues ver una prueba de su incontestable talento en un lugar donde hay una tradicion que impone respeto al mas osado. M. Labiche ha salido con gloria de su empeño, y su *Yo*, que así se titula su comedia, podrá figurar dignamente en el repertorio del teatro fundado por Molière.

La pieza es un cuadro en distintas partes, que tiene por argumento principal el egoísmo. No hay personaje que no sea una encarnacion egoísta, desde M. Dutrecy, el alma de la comedia, hombre que cree obrar con delicadeza reservando para sí los buenos vinos, en tanto que da de beber vinagre á sus convidados, hasta su sobrina, que no ve en el matrimonio mas que una puerta abierta para satisfacer sus gustos.

En breves palabras daremos á conocer el argumento.

M. Dutrecy tiene un sobrino que viaja y la concede, mas con la condicion de que la boda se realice al punto, y que él no necesite incomodarse en dar los pasos preparatorios.

Pero hé aquí que en esto llega el sobrino de vuelta de un largo viaje, y sabe que su prima, á quien ama, se va á casar con su mejor amigo. En semejante situacion el amigo renuncia, justo en el instante en que el jóven viajero principiaba á perder sus ilusiones, y cuando el anciano Dutrecy, deseando que haya en su casa una persona que le cuide, quiere casarse con su sobrina. Nuestro egoísta, una vez obcecado con esta idea, resiste á todas las instancias y á todas las súplicas.

Aquí hay una preciosa escena que se aplaude con furor, y que ella sola bastaria para dar larga vida á esta comedia.

Una jóven viuda, hablando en favor de la juventud y del amor, señala á M. Dutrecy los inconvenientes de una union desproporcionada, y no sabiendo como ablandarle, le cuenta su vida. Tambien ella se casó contra lo que dicta la naturaleza; la dieron por marido un viejo coronel, gotoso y enfermo, y la infeliz hubo de sufrir un horrible y prolongado martirio.

— ¡Muy desgraciada fui! exclama la viuda.

— ¿Y vuestro marido? pregunta el egoísta.

— ¡Oh! En cuanto á mi marido, procuré hacerle dichoso, y puedo decir que lo ha sido.

— Pues bien, yo no pido mas que eso...

Dutrecy se casaria con su sobrina, si para quitárselo de la idea no supusiera un médico que la jóven tiene mala salud, y que en vez de cuidar á otros, necesitará que la cuiden. El porvenir se presenta entonces menos risueño para el egoísta, que consiente en el primer matrimonio.

El mérito principal de esta comedia está en los chistes de que se halla esmaltada desde la primera escena hasta la última. Los aplausos se suceden sin interrupcion ante las agudezas inesperadas y siempre en situacion que salen de los labios de este famoso grupo de egoístas. Nada mas aplaudido que el dicho de un esposo que vuelve á reunirse con su mujer al cabo de diez años de una «separacion feliz.»

En cuanto al desempeño, en el Teatro Francés es inmejorable siempre.

MARIANO URRABIETA.

A Pepa.

I.

Mano y alma te ofrezco,
Pepa querida,
Que ya me va cansando
La soltería;
Mas es preciso
Que antes de todo sepas
Cuántas son cinco.

Antes que nos casemos
Cuentas ajusta;
Mira que Dios me ha dado
Muy malas pulgas,
Y si me engañas
Te rompo las costillas
Con una estaca.

Si es que no te has mirado
Nunca al espejo,
Antes que el trato admitas
Debes hacerlo,
Luego no vengas
«Con que tu cara vale
Muchas pesetas.»

II.

Una vez solamente
Quise de veras
Y perdí desde entonces
Mi fe en las hembras;
Pero tú puedes
Probarme que unas santas
Sois las mujeres.

Aunque no me disgusten
Los cuerpos buenos,
Busco en la mujer alma,
No busco cuerpo,
Pues para carnes...
En las carnicerías
Venden bastante.

Es decir que si tienes
Pequeña el alma,
Peloteras tendremos
En abundancia,
Por mas que vengas
«Con que tu cara vale
Muchas pesetas.»

ANTONIO DE TRUEBA.

Expedicion al interior de Méjico.

(Continuacion. — Véase el número 587.)

5 de enero. — De Puente Tololotlan á Guadalajara en una distancia de siete leguas se encuentran todavía tres aldeas insignificantes y el pueblo de San Pedro, que se puede comparar con Tacubaya, pues es para los habitantes de Guadalajara lo que Tacubaya para Méjico, es decir, un lugar de recreo donde los pudientes de la ciudad tienen sus casas de campo adornadas con magníficos jardines. Una hermosa alameda de una legua de largo conduce de San Pedro á Guadalajara, y todos los días festivos está sureada de brillantes carruajes.

6 de enero. — Hacia algunos días que al acercarse la columna francesa, el general mejicano Ariaga, despues de haber sacado otra enorme contribucion de la desgraciada y bella capital del Estado de Jalisco, la habia abandonado para retirarse con algunos miles de hombres y la artillería á la ciudad de Colima, situada á 63 leguas.

El 7 de enero de 1864 el general Bazaine hace su entrada solemne en Guadalajara, despues de haberse acampado la vispera en San Pedro, donde habia recibido á las autoridades.

Guadalajara, fundada en 1542, es una ciudad muy notable, admirablemente situada en las márgenes del río de Tonala, á la falda de cerros que forman parte de la Sierra Madre, cuyas ramificaciones se extienden hasta el Pacífico.

Esta hermosa poblacion se despliega en el llano sobre un espacio de mas de una legua de largo, y de lejos se asemeja á una ciudad oriental con sus altos campanarios, sus cúpulas y sus blancas casas rodeadas de numerosas huertas. De San Pedro se llega por una larga y hermosa alameda con cuatro hileras de árboles; sus calles son anchas, bastante irregulares, pero tienen buenas casas de uno y dos pisos con balcones; en cada casa hay un patio interior con naranjos y limoneros.

Varios monumentos se distinguen, y entre ellos el primero es la catedral, vasto edificio de una arquitectura extraña, con dos altos campanarios en punta; sostienen su bóveda columnas macizas que la dan mas bien el aspecto de un templo pagano que de una iglesia; pero no puede uno menos de admirar la profusion de ornatos y riquezas que contiene. Este hermoso monumento forma uno de los cuatro lados de la plaza Mayor, adornada en su centro con una fuente; ocupa otro lado un gran edificio de arquitectura pesada que servia de palacio al gobernador, y que hoy, al cabo de diferentes vicisitudes, cae en ruinas. En los dos lados restantes existen hermosas casas con arcos, bajo los cuales hay lujosas tiendas.

Se pueden citar muchos conventos, entre los que descuella principalmente el de San Francisco, que encierra cinco iglesias.

El hospicio es un edificio cuya fachada recuerda el estilo griego.

Guadalajara posee un obispado, una universidad y una audiencia.

La casa de la Moneda, vasta y hermosa construccion, fué muy importante en otro tiempo.

Esta ciudad, que se ha visto tan floreciente, se halla hoy muy decaída de su esplendor por causa de las guerras de los partidos; algunas familias son ricas aun, pero temiendo los pronunciamientos militares habitan en sus haciendas y dejan que se arruinen sus casas de la ciudad.

10 de enero. — Se canta un *Te Deum* en la catedral para celebrar la victoria del general Douai contra Uragá. Este general mejicano, despues de su tentativa infructuosa sobre Morelia, de donde fué rechazado por Marquez, se dirigió á Guadalajara; pero perseguido de cerca por el general Douai, sus dos ó tres mil hombres fueron dispersados, él mismo quemó su convoy, y se le cogieron nueve cañones y todo su material de artillería; con mucho trabajo logró escaparse el general Beriozabal. Desgraciadamente, estas tropas dispersas no tardan en interceptar los caminos y en atacar las diligencias. (En nuestro número 583 hemos publicado uno de estos sangrientos episodios.)

El 10 de enero el general Miramon llega á Guadalajara, cuyo gobierno debe correr á su cargo en cuanto ya no se necesiten allí el 51º de línea y el 4º escuadron del 2º de cazadores de Africa dejados en la ciudad á las órdenes del coronel Garnier.

Pasado mañana 12, el general en jefe deja Guadalajara para regresar á la capital: así pues, el resumen de esta campaña de dos meses á 200 leguas de Méjico, habra sido la dispersion de dos cuerpos mejicanos, y la ocupacion de todos los grandes centros del interior por los franceses y sus aliados.

Del 12 de enero al 4 de febrero de 1864.

DE GUADALAJARA A MEJICO, POR LA LAGUNA DE CHAPALA.

Regreso del general Bazaine. — Despues de haber arreglado en pocos días la administracion en Guadalajara, el general Bazaine dejaba esta hermosa ciudad, quedando en ella de guarnicion al 51º de línea, con un escuadron de cazadores de Africa. Para volver á Méjico el general en jefe pasaba por el camino poco frecuentado, trazado á orillas de la magnífica laguna de Chapala.

Apenas se ha salido de Guadalajara se entra en vastas llanuras desiertas al través de una selva de mesquitos, y se llega á la gran hacienda de Atequiza en el río Grande, cuya margen se sigue hasta la aldea de Ponciltan, compuesta de chozas de pescadores ocultas en medio de los árboles de toda especie que crecen junto á la laguna de Chapala. Esta laguna tiene de 20 á 25 leguas de circunferencia, y de 6 á 8 de larga, hallándose rodeada de verdes montes, por detras de los cuales asoma la nevada cumbre del volcan de Colima. Tres islas rompen la uniformidad de esta vasta masa de agua, y la mas notable de ellas es la de Mescala, que se ve de muy lejos á causa de la blancura de un espacioso edificio que contiene, y que servia de cárcel de Estado. Muchos combates se dieron en 1810 en esta laguna hoy tan apacible, y que apenas recorren algunos barquichuelos de indios pescadores.

Desde la aldea se sigue costeano en un espacio de tres ó cuatro leguas la orilla de la laguna, pasando por Cuitzó y luego por Ocotlan, otra aldea agradablemente situada junto al río Grande. En Ocotlan este río de cauce tan pintoresco sale de la laguna Chapala para arrojarse en el Pacífico, despues de haber recorrido mas de 200 leguas.

En Ocotlan el camino se aparta de la orilla y se deja la laguna Chapala en la aldea de Jamai. Despues de haber pasado por la hacienda de San Andrés, se llega al pueblo de Barca, situado en el río Grande, no lejos del sitio donde este río se precipita por dos embocaduras dentro de la laguna de Chapala.

En Barca habia una partida de 600 hombres mandada por el general don Francisco Vellarde, uno de los hacendados mas ricos de Méjico. El general mantiene á esta tropa que está bien equipada, y casi tiene el aire de un cuerpo regular: se sobreentiende que el general mejicano se apresuró á adherirse á la intervencion francesa.

No existiendo ya el puente para atravesar el río Grande, la columna francesa se encaminó por la orilla hasta la aldea de Izcuaró, donde hay un vado practicable.

El 18 de enero el general en jefe entraba en la poblacion llamada la Piedad, cuyos habitantes acababan de rechazar una agresion de los liberales.

La Piedad se halla en las márgenes del río Grande, que se atraviesa por un puente hermosísimo. Se ven allí árboles seculares; algunos reunidos en grupos salen de en medio del río y forman bosquecillos de verdura que recrean la vista.

El 20 de enero la caballería, mediante una marcha nocturna, sorprende en Benjamillo á una partida de caballería mejicana mandada por el general Peña y Barragan. Unos treinta hombres muertos ó heridos, sesenta caballos abandonados por el enemigo, y algunos prisioneros, hé ahí el resultado del combate.

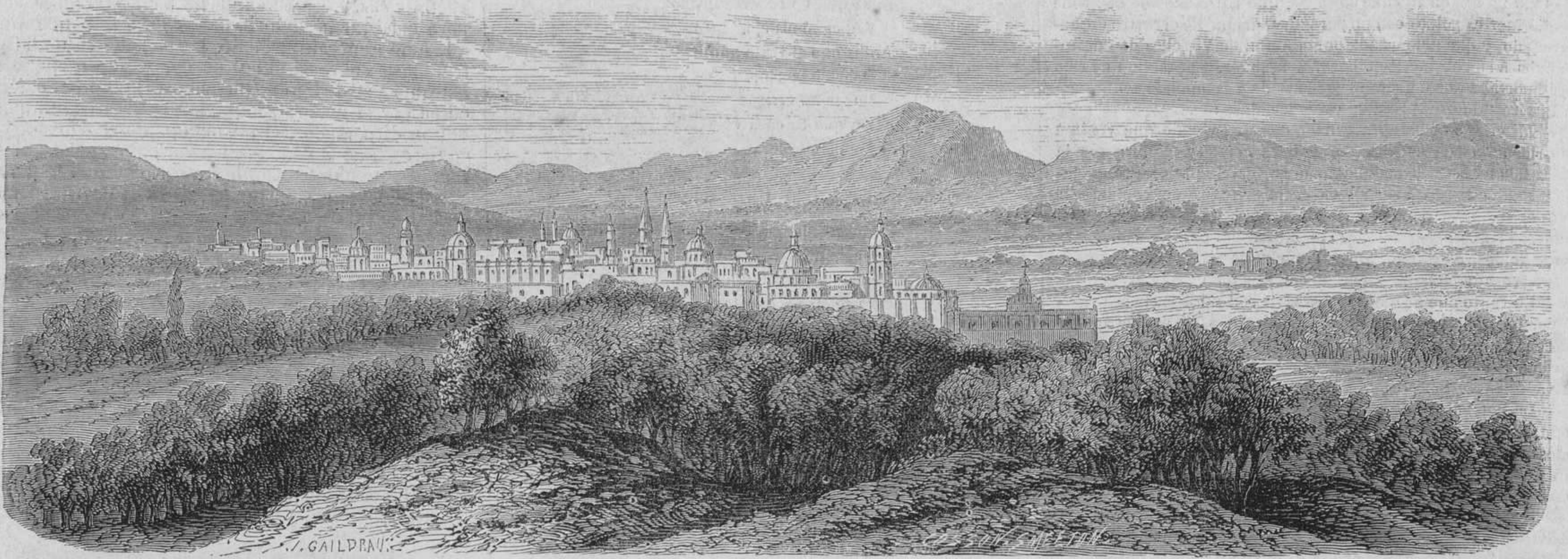
El 25 el general Bazaine llegó á Salamanca despues de haber pasado por la bonita poblacion de Valle de Santiago y arrojado de Irapuato á unos mil jinetes mandados por los generales Armenta y Espinola.

Finalmente, despues de haber estado en Celaya y en Querétaro, puntos de que hemos hablado ya, el general en jefe llega el 4 de febrero á Méjico, atravesando al galope los insignificantes pueblos de San Juan del Río, Tepexi, Cautitlan y Tlaluepantla.

A. G.

Rompimiento de los diques del depósito de Bradfield.

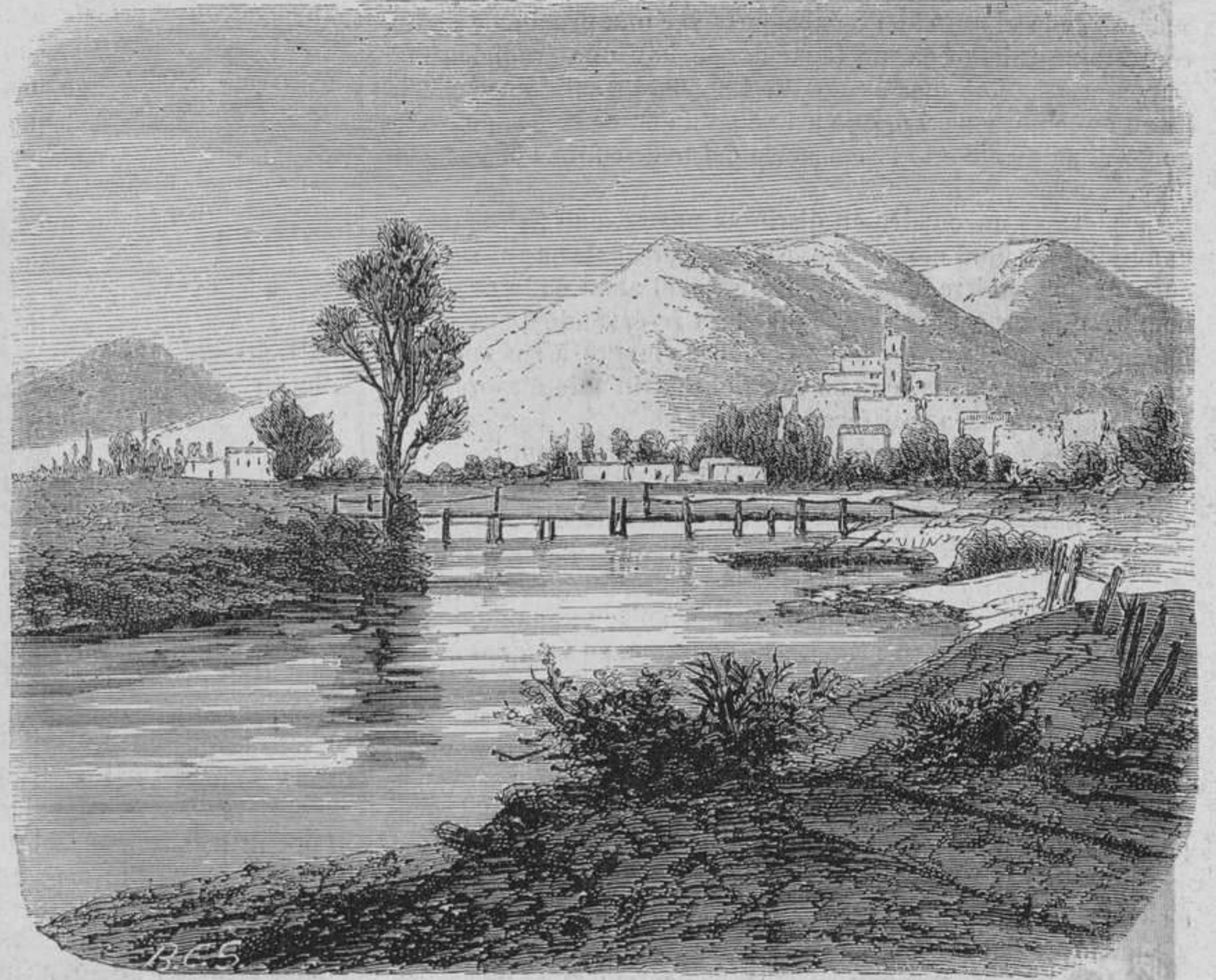
El sábado 11 de marzo á la una de la madrugada el



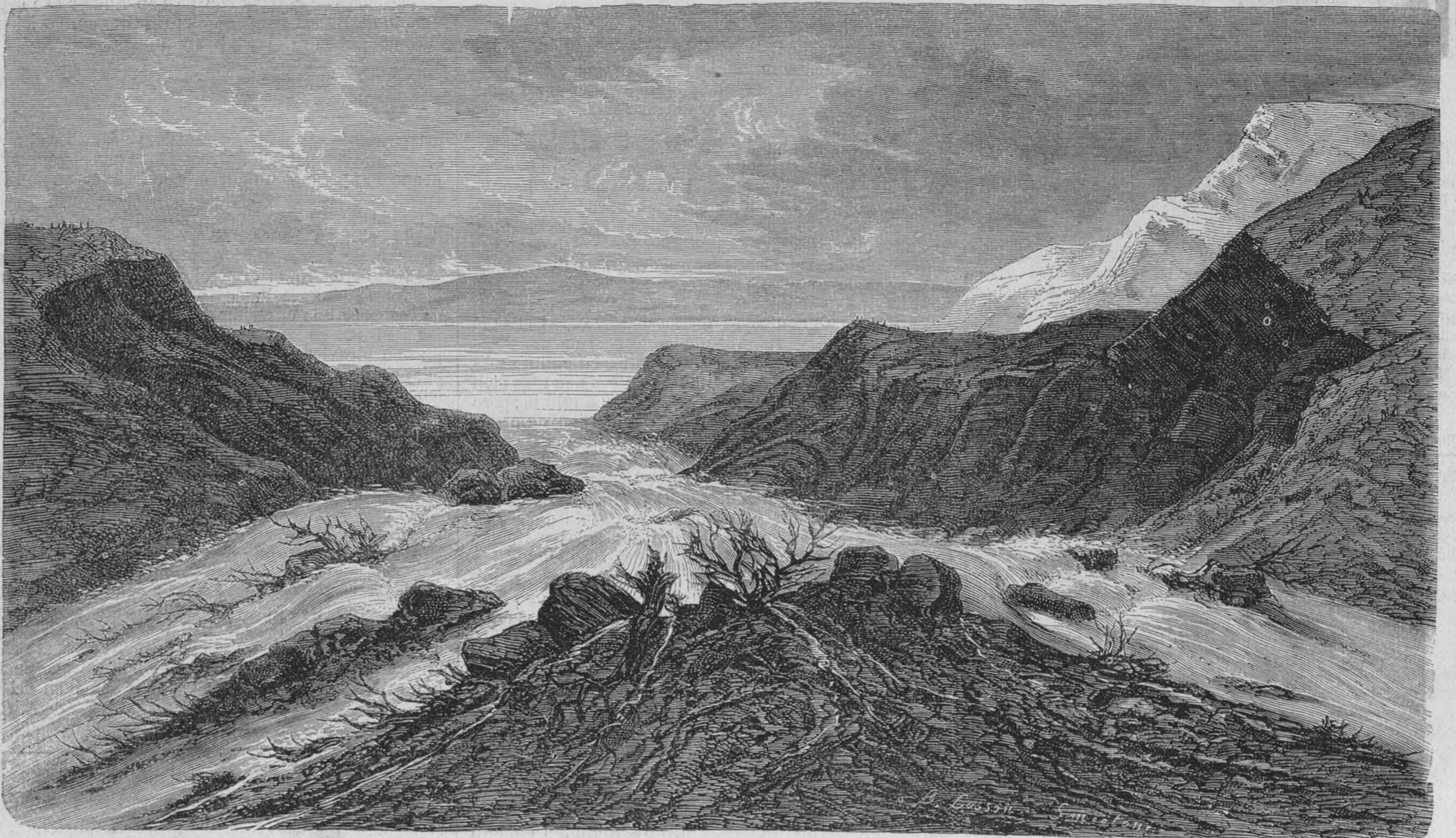
EXPEDICION AL INTERIOR DE MEJICO. — Guadalajara, vista de las alturas de San Pedro.



Plaza de la Catedral en Guadalajara.



Ocotlan á orillas del Rio Grande.



Rompimiento del dique del receptáculo de Bradfield cerca de Sheffield.



La limpieza.

Caballeriza de los spahis.



La ablucion.



Spahi de centinela.



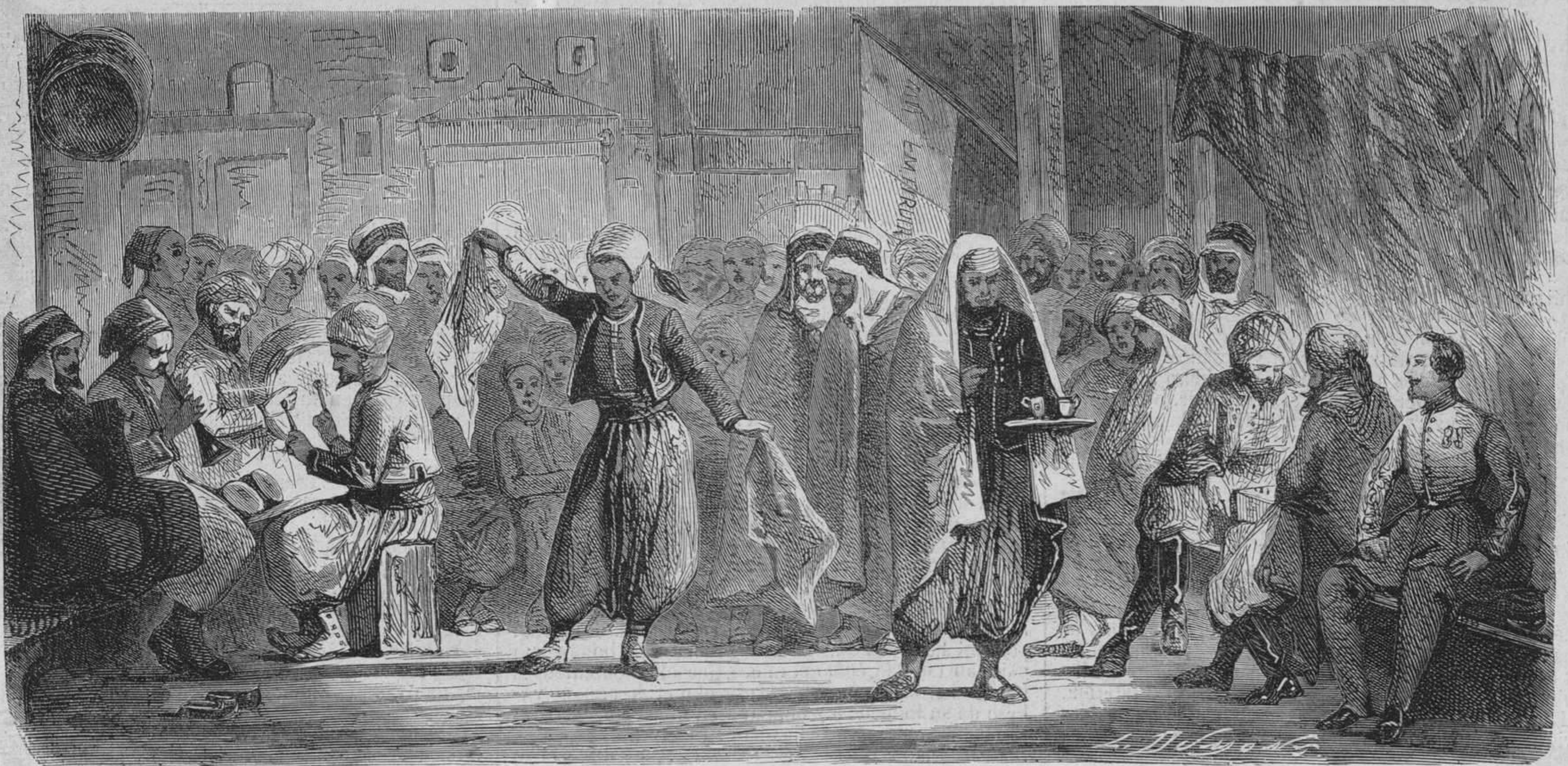
La reconciliacion.



La mezquita.



La bitta.



El baile en el café moruno.

agua de un depósito de 95 acres de superficie, situado en Bradfield, a seis millas de Sheffield, violentamente agitado por los fuertes vientos que reinaban hacia algunos días, rompió sus diques y se precipitó en torrente por el valle del Don, barriendo aldeas enteras y ahogando en su sueño á centenares de habitantes. Las aguas que arrancaron de raíz muchos árboles, arrastraban restos de edificios en inmensa cantidad. En algunas calles de Sheffield estos restos amontonados se elevaban á una altura de ocho y diez piés, y entre ellos se veían fragmentos de muebles y cadáveres. Durante mas de una hora las calles cerca del rio estuvieron cubiertas por tres ó cuatro metros de agua.

Malin-Bridge es el sitio donde ha sido mayor el desastre. Aquí calles enteras han desaparecido, y se han arruinado trescientas ó cuatrocientas casas. Se han encontrado doscientos treinta y ocho cadáveres. Se ha entablado una acción judicial contra la compañía de las Aguas, que según su tratado debe sufrir los daños y perjuicios causados por hundimientos ó ruptura de los diques. Las pérdidas se calculan en 12.500,000 francos, esto es, mas que el capital de la compañía. R. S.

Las fiestas del Laid-es-Ghir

EN EL CUARTEL DEL MUELLE DE ORSAY.

Las tropas árabes de la guarnición de París (*turcos* y *spahis*) acuarteladas en el muelle de Orsay, acaban de cumplir como verdaderos creyentes las ceremonias del Ramadan, á las cuales han sucedido los tres días de fiesta llamados Laid-es-Ghir. La víspera de estos tres días, todos los mahometanos, sean cuales fueren su edad y sexo, deben hacer una limosna á los pobres, y el que no la hiciera se encontraría en la misma situación, bajo el punto de vista religioso, que si no hubiera observado los treinta días de ayuno del Ramadan.

Los árabes consagran estos tres días á las carreras, los bailes y los regocijos de todo género. La colonia árabe de París no ha dejado de ejecutar las diferentes partes de este programa, y comenzó por la limosna prescrita, que ha sido distribuida generosamente.

El primer día del Laid-es-Ghir se esparcieron por los establecimientos de baños de las cercanías del cuartel para hacer las abluciones ordenadas por la ley del profeta. Luego vestidos con ropa limpia y sus mejores galas pasaron á la mezquita, donde el taleb les recitó versículos del Alcoran, que ellos repetían en coro. Concluida la última oración, los árabes se levantaron, y dándose el ósculo de reconciliación, se perdonaron mutuamente sus ofensas. La *bitta*, esto es, el banquete, que se componía de pollos con una especie de sémola parecida al cuscusú, les reunió luego en la misma sala, y por la noche se volvían á encontrar juntos en el café moro del cuartel, donde se ejecutaban los bailes y canciones de rigor. Un *turco* negro como el azabache, de estatura atlética y vigoroso como un Hércules, se distinguió principalmente por el modo con que desempeñó una danza de carácter al sonido de los tamboriles y de las castañuelas, y en la cual, teniendo un pañuelo en cada mano, imitó á las mil maravillas el conocido paso de la Abeja. P. P.

Paris y Lóndres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

» — Ya veis, señores, que tenia razon cuando os pregunté el género de enfermedad que iba á combatir; estoy desarmado delante del mal. Si hubiera sabido su índole, me habria proporcionado medicamentos. El tiempo urge, y ¿en dónde encontraremos ahora un farmacéutico?

» — Hay aquí drogas, repuso el mayor lanzando una mirada á su hermano.

» Este salió y trajo de un aposento inmediato una caja que puso sobre la mesa.

» Abri algunos de los frascos, y despues de olerlos, apliqué sus taponés á mis labios. Si hubiera necesitado drogas que no fueran narcóticas, es decir, venenosas, no me habria servido de ninguna de las que me habian presentado.

» — ¿No os inspiran confianza? me preguntó el mas jóven de los dos hermanos.

» — Ya veis, caballero, que voy á hacer uso de ellas.

» Administré á la enferma, no sin mucho trabajo, la dosis que deseaba hacerle tomar, y como era preciso renovar la medicación y observar sus efectos, tomé una silla y me senté cerca de la cama.

» Una humilde criatura (la mujer del criado que nos habia abierto la puerta) se hallaba en el aposento y se habia retirado luego que entramos. La sala era húmeda y sus muebles ordinarios, y no podía dudarse que la habitaban hacia poco tiempo y de una manera interina. Habian clavado delante de las ventanas unas cortinas viejas, mas para ahogar los gritos de la enferma que para preservarla del aire frio de la noche.

» A pesar de la pocion calmante de que me habia valido, continuaba con igual violencia el delirio de la jó-

ven, que repetía los mismos gritos y las mismas palabras: — ¡Esposo mio! ¡padre mio! ¡hermano mio! seguidas de uno, dos, tres hasta doce, y de la palabra ¡ehist! para volver á principiar un momento despues. Lo único que pudo darme alguna esperanza era la influencia que mi mano parecia ejercer en las facciones de la desgraciada, pero nada bastaba á ahogar sus gritos que se exhalaban con la regularidad de una péndola.

» Hacia media hora que estaba á su lado sin que se hubiesen alejado los dos hermanos, cuando el mayor me dijo rompiendo el silencio:

» — Hay otro enfermo en la casa.

» — ¿Es un caso urgente? pregunté con sorpresa.

» — Vais á verlo, respondió tomando la luz.

» El otro enfermo estaba en una especie de pajar, encima de una caballeriza. La tercera parte del techo de aquel escondite estaba revocada con cal, y en el resto se veían los maderos y la punta del tejado, y en el suelo heno, haces de leña y manzanas que tuve que cruzar para llegar adonde estaba el paciente. Mi memoria ha conservado el recuerdo de estos detalles, que despues de diez años se hallan grabados en mi mente como en la noche que los vieron mis ojos.

» Yacia en el suelo sobre un lecho de paja y una almohada un aldeano que apenas tendria diez y siete años. Estaba acostado de memoria, con los dientes convulsivamente apretados, la mano cerrada sobre el pecho y la mirada brillante y dirigida al cielo.

» Me arrojé á su lado, y sin saber dónde estaba herido, vi que moria de una herida hecha con un instrumento agudo.

» — Soy médico, pobre amigo mio, le dije; dejad que os examine.

» — Es inútil, me respondió.

» La herida estaba en el sitio que ocultaba su mano, y logré descubrirla. Era una estocada recibida veinte ó veinte y cuatro horas antes, y que hubiera sido mortal aun cuando se le hubiesen prestado con tiempo los auxilios del arte.

» Dirigi la mirada hácia el mayor de los hermanos, que contemplaba la agonía de aquel hermoso jóven como si se tratara de un pájaro ó de una liebre, y le pregunté:

» — ¿Cómo ha sido herido?

» — Es un perro, un rústico que ha obligado á mi hermano á defenderse contra él, y ha recibido una estocada como si fuera un caballero.

» No se revelaba el menor dolor ni la menor compasión en la voz que me daba esta respuesta. El individuo que hablaba creía que era sensible que una criatura de un órden tan inferior tuviera semejante género de muerte, en vez de succumbir oscuramente, como debia hacerlo un canalla de su especie, y era completamente incapaz de sentir compasión por aquel campesino.

» El moribundo volvió lentamente los ojos hácia aquel hombre y los fijó en mí.

» — Esos nobles son orgullosos, dijo, pero nosotros, perros y rústicos, lo somos tambien algunas veces. Nos roban, nos ultrajan, nos maltratan y nos matan, pero conservamos nuestro orgullo. ¿La habeis visto, doctor?

» Los gritos de la desgraciada, aunque debilitados por la distancia, llegaban hasta nosotros.

» — Sí, respondí.

» — Es mi hermana, continuó. Estos nobles tienen derechos vergonzosos que ejercen hace mucho tiempo, pero hay jóvenes honradas entre nosotros, y las ha habido siempre, como he oído decir á mi padre. Mi hermana era una de ellas. Debía casarse con un jóven de valor, de buen corazon, uno de sus vasallos. Todos éramos arrendatarios de ese hombre que está á vuestro lado; el otro es su hermano y es el peor de una mala raza.

» El moribundo articulaba con dificultad las palabras, pero su alma hablaba con una terrible energia.

» — Nos habia saqueado hasta tal punto ese hombre, como nos sucede á los rústicos y perros, que nos imponía tributos sin piedad y nos obligaba á trabajar por él sin salario, á moler su trigo en nuestro molino y á alimentar su gallinero con nuestra pobre cosecha, sin poder criar un palomo siquiera para nosotros; nos habia saqueado y apurado tanto, que si por casualidad teníamos un pedazo de carne, lo comiamos con la puerta y las ventanas cerradas, para que sus satélites no vinieran á quitárnoslo de la boca. En una palabra, éramos tan pobres, que mi padre nos decía que era culpable dar al mundo un hijo, y pediamos á Dios que extinguiese nuestra raza con la esterilidad de las mujeres.

» Suponia que el pueblo tenia en el fondo del corazon el odio á la opresion de que era víctima, pero por vez primera oía exhalar la queja con ira é indicar la rebelión.

» — Sin embargo, continuó el moribundo, mi hermana se casó. El hombre que ella amaba estaba entonces enfermo, y se casó para poderle curar haciéndole venir á nuestra casa, á nuestra madriguera, como diria un noble. Tres meses hacia que estaba casada, cuando la vió el hermano de este hombre, se prendió de ella y suplicó á su hermano que se la cediese. ¿Que son los maridos entre nosotros? El hermano consintió en ello; pero mi hermana era virtuosa y tenia á ese hombre un odio tan terrible como el mio. ¿Qué hicieron entonces los dos hermanos para persuadir al marido á que se viese de su influencia y obligar á su mujer á aceptar las condiciones que entre ellos habian convenido?

» El herido clavó su mirada en el que acusaba, y cuyo rostro me confirmó la verdad de las palabras del moribundo.

» Me parece que les veo aun desde el fondo de esta fortaleza; por una parte el insolente desprecio del noble, y por otra la sed de venganza del desgraciado que pisotean y se levanta.

» — Sabeis, prosiguió el aldeano, que los nobles tienen derecho para uncirnos á un carro y hacérnoslo arrastrar, y el de obligarnos á pasar la noche agitando sus estanques para impedir que las ranas turben su sueño. Estos se aprovecharon de su derecho para enviar al marido que querian someter al borde de un estanque desde la noche hasta la mañana, y para uncirle desde la mañana hasta la noche; pero él no cedió... ¡no! Un día le quitaron el yugo para que fuera á comer, suponiendo que tuviera pan; aquel día sollozó doce veces mientras el reloj daba las doce del día, y murió en los brazos de su mujer.

» Como el deseo de publicar los crímenes de sus enemigos era lo único que podia contener su postrer aliento, alejó las sombras de la muerte que se acumulaban sobre su frente, y obligó su mano derecha á cerrar la herida.

» — Entonces, con permiso de ese hombre que le ayudó, continuó el aldeano, este robó á mi hermana sin hacer caso de sus lamentos. Quería divertirse con ella algunos días. Pasó por mi lado que me encontraba en el camino, y cuando anuncié esta noticia en casa, estalló el corazon de mi padre. Nadie sabrá jamás los sinsabores de que estaba lleno. Conduje á mi hermana menor, porque tenia otra, á un sitio donde este hombre no pudiera descubrirla, y donde al menos no seria su amo, y corriendo despues en persecucion de su hermano, entré en esta casa. El rústico, el perro tenia un arma. ¿Dónde estará mi pobre hermana? me decía. Y me acerqué á una ventana y la llamé. Mi hermana me oyó y vino. Entonces vino tambien él, y me arrojó el bolsillo que no recogí. Al ver que lo despreciaba, cogió un látigo; pero aunque era un rústico, le obligué á sacar la espada. Que la rompa en tantos pedazos como quiera, porque está teñida en mi sangre miserable, pero eso no le hará olvidar que tuvo que desplegar toda su destreza para defender su vida.

» Acababa de descubrir los pedazos de una espada que habian arrojado en el heno, y un sable viejo que habia pertenecido á algun soldado.

» — Levantadme, doctor, levantadme; ¿en dónde está?

» — Acaba de salir, respondí suponiendo que hablaba del raptor.

» — ¡Ah! por orgulloso que sea tiene miedo de un villano. ¿En dónde está el otro? Colocadme enfrente de él.

» Levanté la cabeza del moribundo que apoyé en mi rodilla, pero revestido en el momento supremo de una fuerza sobrehumana, se incorporó con tanta energia, que me obligó á levantarme para sostenerle.

» — Marqués, dijo tendiendo la mano derecha y lanzando al noble una mirada vidriosa, cuando llegue el día en que te pedirán cuenta de todos tus crímenes, os intimo á que comparezcáis ante los jueces, vos y los vuestros, hasta el último de vuestra raza para responder de lo que nos habeis hecho sufrir. Intimo á tu hermano, el mas perverso de una familia maldita, á que responda separadamente, y hago sobre él una cruz sangrienta para que le designe á los vengadores.

» Mojé dos veces la mano en la sangre que brotaba de su herida y trazó una cruz en el aire.

» Despues inclinó la cabeza, y cuando le desprendí de los brazos... era cadáver.

» Encontré á la jóven en el mismo estado de fiebre y de delirio, lanzando los mismos gritos y repitiendo con el mismo órden las palabras que profecía cuando llegamos.

» Dentro de algunas horas, pensaba para mí, todo esto se extinguirá en el silencio del sepulcro.

» Le hice beber una parte de la pocion, y me senté á su lado, pero continuaba repitiendo en medio de gritos penetrantes: — ¡Esposo mio! ¡padre mio! ¡hermano mio! contaba hasta doce, imponía silencio, y volvía á empezar.

» Hacia treinta y seis horas que la habia visto por primera vez, habia salido y entrado en el aposento varias veces, y me hallaba á su lado cuando su voz se alteró, sus gritos se debilitaron y sus palabras fueron cada vez mas confusas. Hice todo género de esfuerzos para secundar la calma que se apoderaba de ella, y poco tiempo despues cayó en un profundo letargo.

» Esto nos produjo el mismo efecto que cuando el viento y la lluvia cesan de pronto tras una espantosa tempestad.

» Le desaté los brazos y llamé á la mujer que la veía conmigo, para colocarla en mejor posición y arreglarle el vestido.

» Vi entonces que estaba embarazada, y perdí la escasa esperanza que tenia de salvarla.

» — ¿Ha muerto? preguntó el marqués, esto es, el mayor de los dos hermanos que entraba con las botas de camino puestas y venia de fuera de casa.

» — No, respondí, pero es probable que va á morir.

» — Estas gentes del pueblo tienen siete vidas como los gatos, dijo mirando á la enferma con cierta curiosidad.

» — Hay en la desesperacion una fuerza prodigiosa, repliqué.

» Estas palabras le hicieron sonreír de pronto, pero despues le irritaron.

» Empujó con el pié una silla hasta donde estaba la mia, mandó á la criada que se retirase, y dijo en voz baja :

» — Viendo á mi hermano apurado con estos villanos le aconsejé que os llamase. Vuestra reputacion principia, sois jóven, vais á hacer fortuna, y como es probable que no esteis reñido con vuestros intereses, no hablareis á nadie de lo que acabais de ver aqui.

» Escuchaba la respiracion de la enferma y no le respondí.

» — ¿ Queréis prestarme atencion, doctor ?

» — Caballero, respondí, todo lo que tiene relacion con los enfermos es sagrado para el médico, y guarda sobre este punto la discrecion mas absoluta.

» Evitaba de este modo responder con mas franqueza, porque profundamente turbado por lo que acababa de ver y oír, conocia la necesidad de obrar con la mayor reserva.

» La respiracion de la enferma era tan difícil de observar, que embobado en el exámen del pulso y de los latidos del corazon, no oia nada de lo que hablaban en el aposento.

» La vida no estaba completamente extinguida.

» Volví á sentarme, y mirando en torno mio, ví que los dos hermanos me examinaban con atencion.

» Mi recuerdo está aun presente en mi espíritu, y me sería facil referir las palabras mas insignificantes que cambié con ellos ; pero tengo que escribir tanto, el frío es tan intenso, y me infundió tanto miedo el pensar que pueden sorprenderme escribiendo estas líneas y encerrarme en un calabozo privado de luz, que abrevio esta narracion.

» La infeliz estuvo agonizando ocho dias.

» Una noche, viendo que movia los labios, acerqué el oído y entendí algunas de sus palabras. Me preguntó en dónde estaba y quién era, y le respondí ; pero en vano traté de saber su nombre : siempre me hizo un ademan negativo, y como su hermano, se llevó el secreto al sepulcro.

» Hasta entonces no habia podido hacerla preguntas, porque continuamente estaba á la cabecera de la cama uno ú otro de los dos nobles sin permitirme que hablase con ella, á excepcion de los últimos momentos en que no les inspiró cuidado lo que podia decirme, como si yo hubiera de morir al mismo tiempo que su victima.

» Confieso que mas de una vez me estremeció esta idea.

» Habia advertido cuánto habia ofendido su orgullo aquel desafio con un aldeano, con un ser infame y de una edad casi próxima á la infancia. Era para la familia un suceso degradante y ridiculo que les martirizaba dolorosamente ; pero en cambio no hacian el menor caso de la muerte del jóven, de su padre y de su hermana. La mirada del que se habia visto obligado á batirse se fijaba con frecuencia en mí, y veia en ella el odio profundo que le inspiraba desde la revelacion que habia recibido del difunto. Era tambien un motivo de disgusto para su hermano, á quien le repugnaba mi presencia.

» La jóven murió á las diez de la noche. Hacia ocho dias que estaba á su lado. Me hallaba junto á su lecho cuando su cabeza se inclinó suavemente sobre el hombro y acabaron todos sus pesares con su postrer suspiro.

» Los dos hermanos esperaban con impaciencia en el piso bajo el momento de poder partir.

» — ¿ Ha muerto por fin ? dijo el mayor cuando entró en el aposento.

— Sí, respondí.

» — Te doy la enhorabuena, dijo á su hermano que estaba detrás de él.

» Me entregó un cartucho de monedas de oro que puse sobre la mesa.

» Habia rehusado ya el dia anterior la cantidad que me habia ofrecido, porque estaba resuelto á no aceptar nada.

» — Perdonad, le dije, en semejantes circunstancias me es imposible aceptar.

» Los dos se miraron, me saludaron y nos separamos en silencio.

» Estoy cansado, abrumado y abatido por el dolor y por mil padecimientos.

» No puedo leer ya lo que he escrito con trémula mano.

» El dia siguiente muy temprano trajeron á mi casa el cartucho de monedas en una cajita donde se veia mi nombre.

» Pensé toda la noche lo que debia hacer, estaba resuelto á escribir al ministro y á informarle confidentialmente de los dos casos de muerte cuyos pormenores acabo de relatar ; pero como no ignoraba las influencias de corte, las inmunidades de que gozaban los nobles, y recelaba que mi carta no tendria resultado, asi como tambien era este suceso para mí un caso de conciencia, guardé el mas profundo secreto, y hasta mi mujer lo ignoraba todo. Únicamente se lo revelé al ministro, para que nadie pudiese verse comprometido en este triste negocio de que yo solo estaba enterado.

» Era el último dia del año, y acababa de terminar mi carta, cuando entraron á anunciarme que una señora deseaba hablarme.

» De dia en dia estoy mas débil, y por momentos veo que mi tarea es superior á mis fuerzas.

» ¡Tengo tanto frío!

» Mis miembros se hinchon, la luz es sombría y se hace de noche en mi cabeza.

» Aquella señora, que era jóven, bella y graciosa, llevaba en su rostro el sello de una muerte prematura. Parecia muy conmovida y me dijo que era la mujer del marqués de Saint-Evremont. Como el moribundo habia dado este titulo á uno de los dos nobles, lo comparé con la inicial que habia visto en la faja, y deduje de esto que el esposo de aquella señora era uno de los raptos de la difunta.

» Recuerdo todo lo que dijimos en nuestra conversacion, pero no puedo escribirlo, porque me tratan con el mayor rigor y tengo miedo de que me espíen.

» Aquella señora habia descubierto casi todos los hechos de esta dolorosa historia, y sabia la parte que habia tomado en ella su esposo ; pero ignorando que la jóven hubiera muerto, venia á verme con la esperanza de serle útil y manifestarle su compasion, porque trataba por todos los medios posibles de desviar la cólera celeste de una familia odiosa á tantos desgraciados.

» La marquesa tenia muchos motivos para creer que la difunta habia dejado una hermana menor, y su deseo mas ardiente era acudir en su auxilio. Sabia yo tambien que esta jóven existia, porque su hermano me lo habia dicho, pero ignoro aun su nombre y el sitio que habita.

» Muy pronto me quedaré sin papel ; ayer me quitaron una hoja amenazándome con el calabozo, y es preciso que termine hoy.

» La marquesa era buena y sensible, pero desgraciada en su casa, lo cual era muy natural. Su cuñado la odiaba y empleaba contra ella toda su influencia. La pobre señora le tenia miedo, y no era menos lo que temia á su marido. Le di la mano hasta su carroza, y vi en el carruaje un niño de dos ó tres años.

» — Doctor, me dijo con los ojos bañados en lágrimas, por amor á este niño me esfuerzo en reparar en cuanto es posible el mal que hacen ellos. ¿Qué carga será para él semejante herencia! Abrigo el presentimiento de que si no son expiados todos estos agravios, le pedirán á él cuenta algun dia. Todo lo que poseo es muy poco aparte de mis joyas, pero se lo legaré con condicion expresa de que se lo entregué á los demás individuos de esa desgraciada familia, y le encargaré que busque á la hermana de la pobre victima y le diga que la he amado como una madre.

» La señora abrazó al niño.

» — ¿ Lo prometerás, Carlos ? le dijo acariciándole, ¿ cumplirás fielmente tu promesa ?

» Besé la mano á aquella señora á quien no debia volver á ver.

» Cerré la carta sin añadir nada, y no queriendo confiarla á manos extrañas, yo mismo la llevé á su destino.

» A las nueve de la noche llamó á mi puerta un hombre vestido de negro, preguntó por mí, y siguió á Ernesto Defarge, un niño que tenia á mi servicio.

» Cuando este entró en la sala, donde estaba con mi mujer — ¡ la querida de mi corazon..... tan hermosa y amable ! — vimos á aquel hombre que Defarge creia aun en la antesala y que le habia seguido.

» — Os llaman, me dijo, de la calle de San Honorato para un caso muy grave ; os espera un coche y pronto estareis de vuelta.

» Aquel coche debia conducirme aquí, á mi tumba.

» Apenas llegué á la calle, me taparon la boca con una faja, mientras me ataban los brazos por la espalda.

» Los dos hermanos salieron entonces de un rincon oscuro, cruzaron la calle, y con un ademan testificaron mi identidad.

» El marqués sacó del bolsillo la carta que habia escrito al ministro, me la enseñó, la quemó en la luz de un farol que llevaba en la mano, y apagó las cenizas con el tacón del zapato.

» El coche partió y me encerraron en vida en el sepulcro.

» Si Dios les hubiera inspirado la idea de enviarme noticias de mi mujer, de hacerme saber únicamente si está muerta ó vive, habria creido que el Señor no les habia dejado de su mano.

» Pero la cruz sangrienta con que están marcados los es fatal, Dios no quiere que participen de su misericordia, y yo, Alejandro Manette, en esta última noche, del décimo año de mi agonía, los denuncié hasta el último de su raza á los tiempos venideros, en que tendrán que responder de todos estos crímenes ; los denuncié al cielo y á la tierra.»

Un espantoso estruendo se alzó en todos los puntos de la sala, estruendo confuso en que solo se distinguia un rumor de voces sedientas de sangre. El documento que acababa de leerse habia exaltado hasta el frenesí el furor vengativo de la época, y ninguna cabeza se hubiera salvado en Francia, por elevada que estuviera, con tan terrible acusacion.

Ante semejante tribunal era inútil preguntar cómo no habian unido los Defarge este documento á todos los que se encontraron en la Bastilla, ni porqué lo habian conservado para publicarlo cuando les conviniera, é inútil tambien demostrar que el nombre de aquella familia estaba urdido hacia mucho tiempo en los archivos de la taberna y designado á la venganza del arrabal de San Antonio.

Aquel cuyas virtudes y servicios hubieran podido contrabalancear el peso de esta denuncia no estaba aun en el mundo.

Lo que perjudicaba especialmente al acusado consistia en que el denunciador era un ciudadano conocido, su amigo, el padre de su esposa. El populacho aspiraba en su loco entusiasmo á imitar las virtudes mas que dudosas de los antiguos republicanos, y queria que se sa-

crificasen los seres mas queridos en el altar de la patria. Por esta razon cuando el presidente dijo (de lo contrario su cabeza no hubiera estado segura sobre sus hombros) que el doctor Manette habia merecido bien de su pais cooperando á desarraigar del territorio de la República una familia de aristócratas, y que experimentaria indudablemente una alegria sagrada en dejar á su hija viuda y á su nieta huérfana con la muerte de un odioso enemigo del pueblo, estas palabras excitaron un arranque salvaje de fervor patriótico, pero no despertaron el menor sentimiento de humanidad.

— Ese doctor es muy influyente, dijo la señora Defarge sonriendo á la mujer que estaba á su lado. ¡Salvale, doctor, salvale!

El primer juez pronunció su fallo.

Un rugido de júbilo acogió su respuesta afirmativa.

Votó otro juez y despues otro, y un rugido siguió á otro rugido.

Carlos Darnay fué reconocido culpable por unanimidad de aristócrata de corazon y nacimiento, de enemigo de la República y de opresor del pueblo, y fué condenado á muerte y conducido á la Conserjería para ser ejecutado dentro de veinte y cuatro horas.

(Se continuará.)

Costumbres franceses.

LE POISSON D'AVRIL.

El dia 1º de abril es para los franceses lo que es entre nosotros el dia de los Santos Inocentes, esto es, la época de los engaños y de las bromas. Todo chasco dado en este dia se llama *poisson d'avril*, lo que por lo tanto significa, lazo que se arma á una persona para reirse de su credulidad. Dar un *poisson d'avril*, dice el abate Tuel en sus *Proverbios franceses*, es hacer emprender á uno un paso inútil para tener luego ocasion de burlarse de él. En Francia se divierten con esto en las familias, y los tenderos de comestibles de Paris están acostumbrados á ver á las criadas que llegan á comprarles media docena de huevos de gallo, dos cuartos de polvos de Patagon, y otros articulos imaginarios del mismo calibre : son siempre las mismas bromas que se repiten de año en año.

En cuanto á precisar el origen de estas burlas inofensivas, nos encontramos apurados á decir verdad, en vista de tantos pareceres como hay en la materia : Bellingin, en su *Etimología de los proverbios franceses*, supone que debe remontar á la pasion de Jesucristo, que tuvo efecto por el mes de abril. « Los judíos, dice, obligaron á dar al Salvador diferentes paseos para burlarse de él, enviándole de Anás á Caifas, de Caifas á Pilatos, de Pilatos á Herodes, y luego de Herodes al magistrado romano. » Y de aqui quiere que arranque la costumbre de hacer correr á una persona, y de enviarla de un punto á otro por pura burla.

Veamos, sin embargo, otra version.

Luis XIII tenia encerrado en el castillo de Nancy á un principe de Lorena que le habia dado motivos de queja, cuando un 1º de abril, el preso, engañando la vigilancia de sus guardas, se escapó atravesando á nado el Meuse.

Entonces los lorenos dijeron á modo de broma :

— Habian dado á guardar á los franceses no un hombre, sino un *poisson* de abril...

Finalmente, hé aqui otra version que es la que nos parece mas verosímil.

Sabido es que en Francia no siempre ha comenzado el año el 1º de enero : en tiempo de Carlomagno principia el dia de Navidad, y por Pascua en la época de los Capetos. Carlos IX, en 1564, decretó que el año comenzaria el 1º de enero.

Este decreto introdujo una gran perturbacion en las costumbres y cambió naturalmente el periodo en que se daban los aguinaldos, que fueron reservados para el dia de Año nuevo. Sin embargo, continuaron haciéndose felicitaciones y regalos, aunque á modo de burla, en el momento de la fiesta de Pascuas ; y como en esta época, es decir, en abril, el sol acaba de dejar el signo de *Piscis*, se dió el nombre de *poissons* (peces) de abril á esos regalos y á esas patrañas que se comunica la gente.

El célebre caricaturista Bertall ofrece á los lectores del *Correo de Ultramar*, en las dos páginas siguientes, una coleccion tan completa y variada de *poissons* de abril ó *canards* (la misma cosa con distinto nombre), que nos dispensa de exponer á continuacion algunas de las burlas mas célebres de que hay memoria. No obstante concluiremos con esta que nos parece digna de referirse :

M. Augusto Maquet habia tomado por la primavera un criado campesino, muy moral y muy virtuoso, pero de una inocencia que pasaba de punto.

Ahora bien, este pobre mozo oyó un dia á su amo hablar solo en estos términos mientras se paseaba por su cuarto :

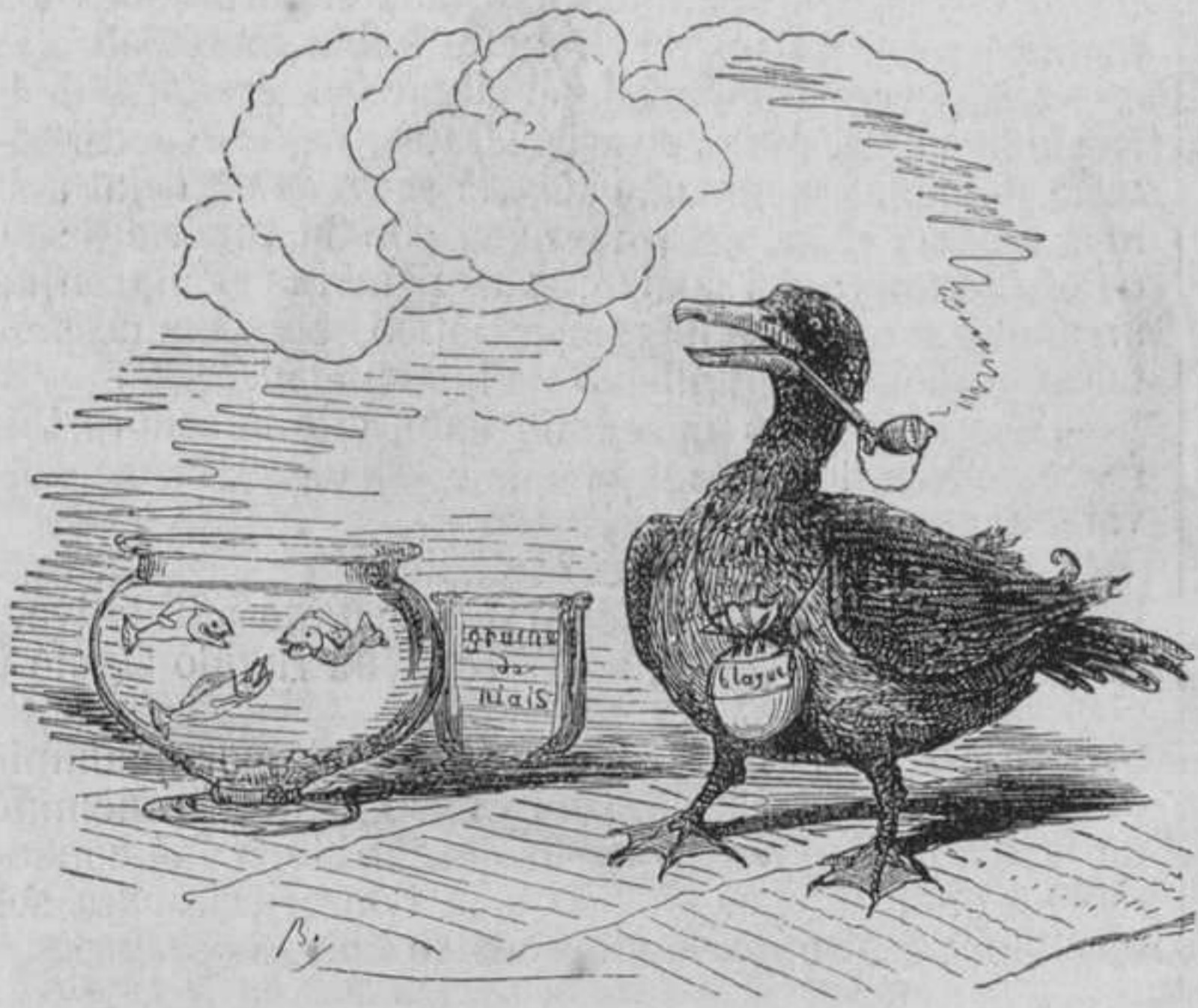
— ¿ Le mataremos ó no le mataremos ? Esta muerte puede sernos un estorbo mas adelante. ¿ Como lo haremos ? Estamos en un callejon sin salida... vaya, vaya, quiero saber á qué atenerme.

Y escribiendo una carta muy de prisa, se la entregó al criado para que la llevara á su destino.

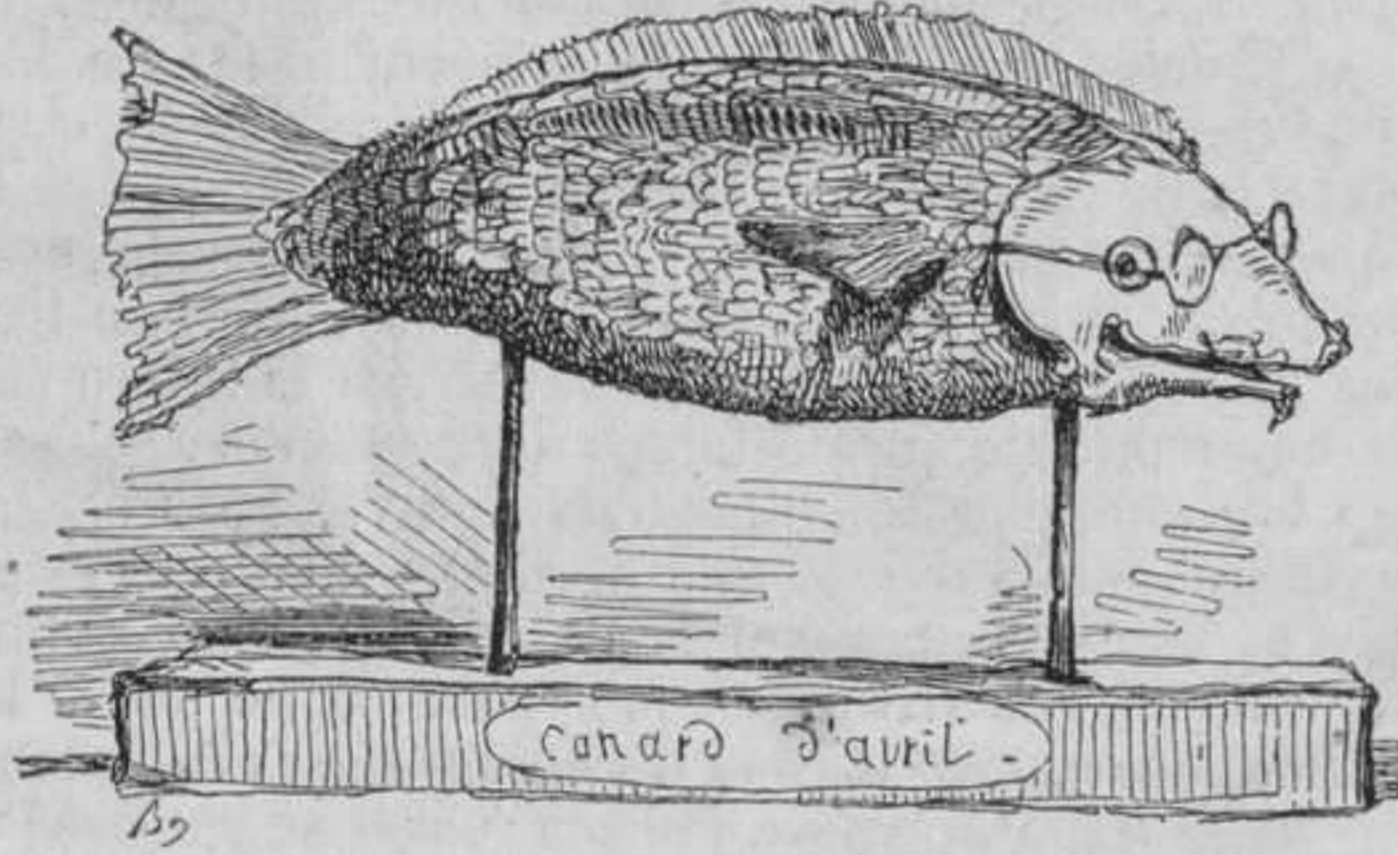
Este la leyó por entre los dobles, y vió con espanto estas palabras lúgubres :

« Querido maestro, ¿ matamos á nuestro hombre ? En este caso, seria preciso ahogarle, sin vacilar... pero,

Estudios de mentirologia comparada con aplicacion al mes de abril, por Bertall.



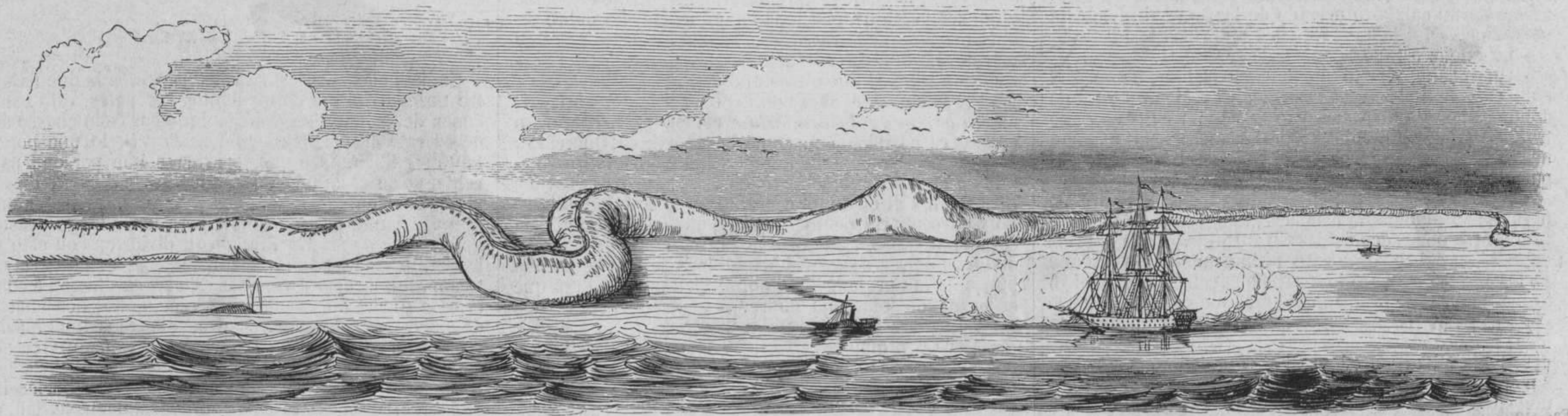
El canard es un palmípedo que se pasea por columnas en los periódicos grandes y pequeños.



Todo canard tragado en el mes de abril se llama poisson, sin duda por respeto á la cuaresma.



Es verdad que se traga fácilmente bajo cualquiera forma que se presente.



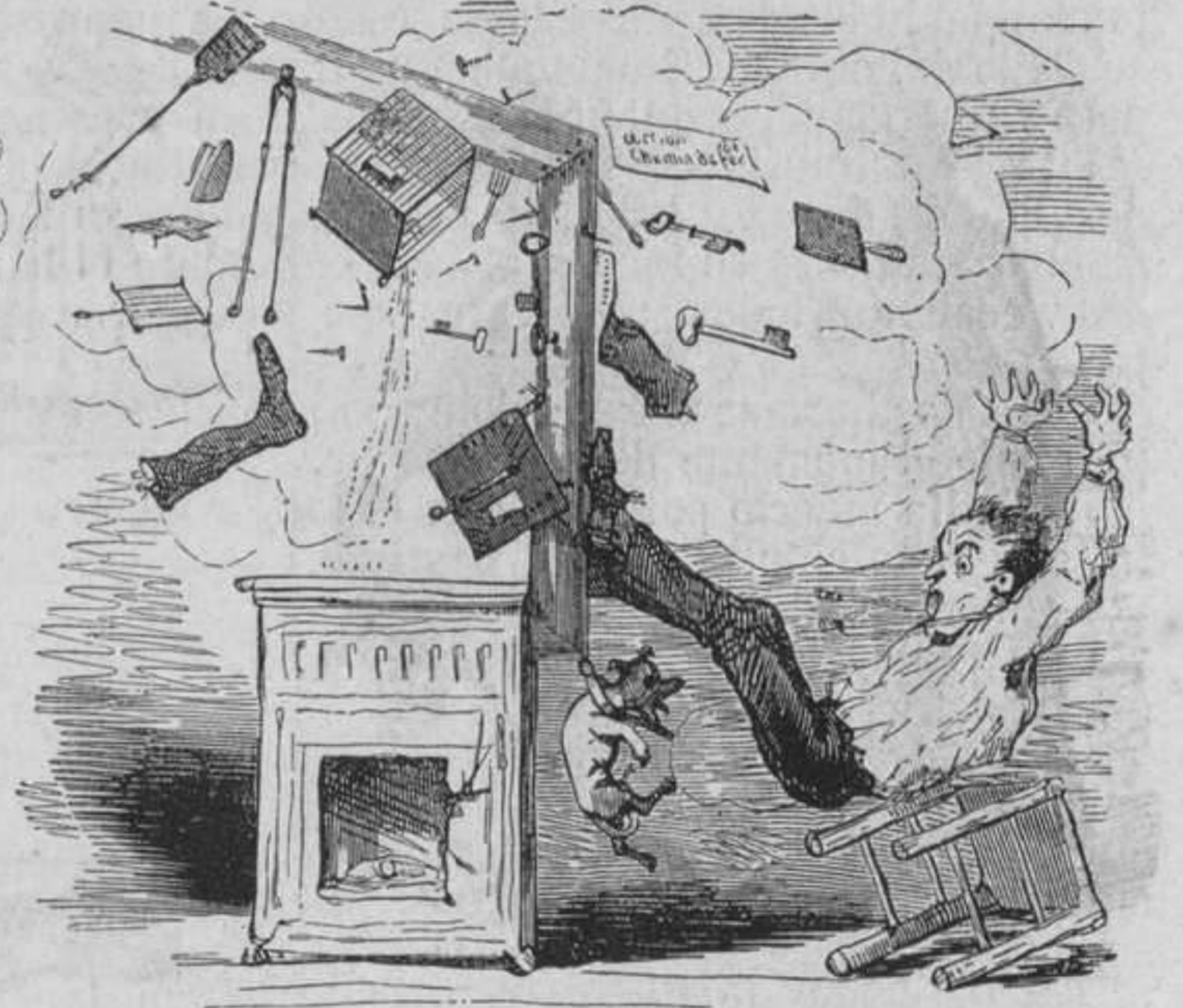
SUCESOS CELEBRES. — La gran serpiente de mar inventada por la prensa; vista tomada en el momento en que digiere al sol la isla de Monte Cristo que acaba de tragarse.



El capitán Malatesta salido por milagro de la serpiente de mar que se le había tragado, de regreso en su patria que es Marsella.



Extraordinario efecto de una exhalacion. — El rayo penetra en una fonda, y despues de cerrar varias puertas abre una docena de ostras.



Otro efecto. — Habiendo caido un rayo en el cañon de una estufa, le da tal capa de iman que todos los objetos de hierro y de acero vuelan á pegarse al tubo.



Anciano ocupado en morir de hambre con cien mil pesos fuertes en su jergon.

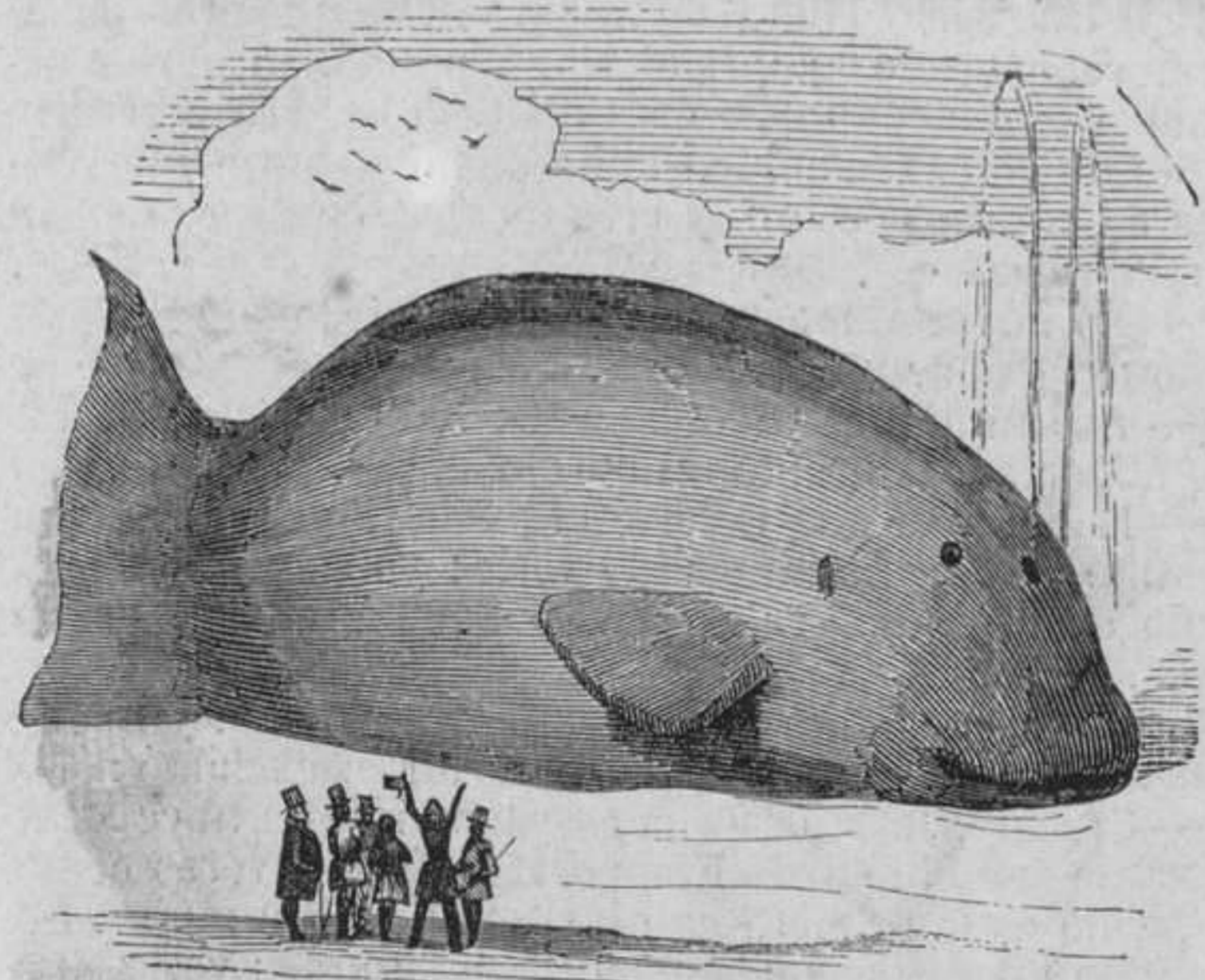


La señorita calavera, dos millones de dote. — Prudencia, discrecion, actividad... y no olvidar el franqueo.



Lluvia de sapos.

Estudios de mentirologia comparada con aplicacion al mes de abril, por Bertall.



Ballena infortunada que ha venido á caer como un aerolito en una playa distante cien leguas del mar, donde la reciben con los respetos debidos á su desgracia.



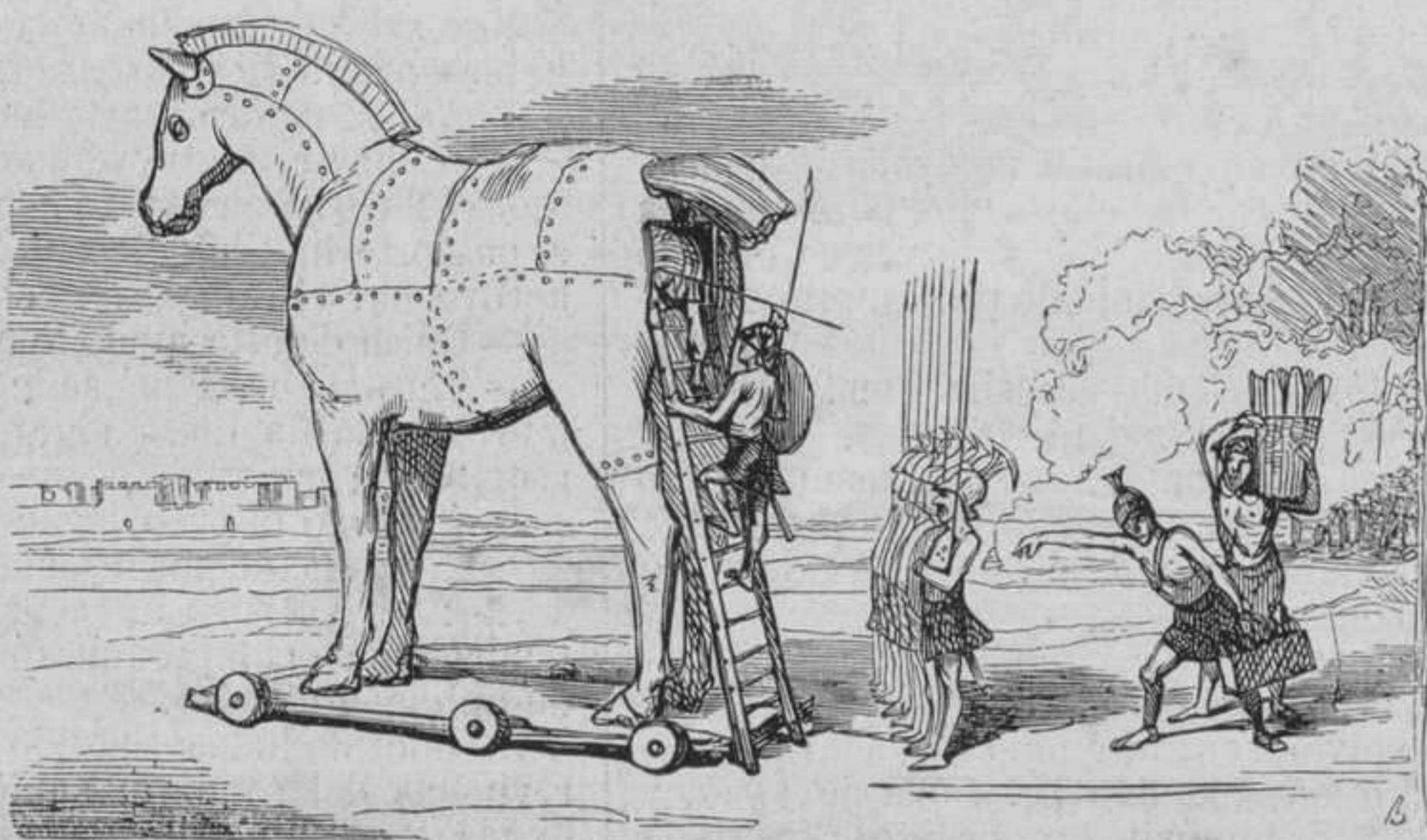
Cómo y de qué manera un marido ingenuo, bajo pretexto de hacer reír á su esposa, provoca su muerte haciéndola cosquillas en las plantas de los piés.



Centenario con el uso de todas sus facultades muerto á la edad de setenta años en la ciudad de Valenciennes.



Fac-simile de un clavo procedente del célebre caballo de Troya, depositado en la Academia.



A beneficio de este clavo la Academia opera la restauracion del caballo cuyo dibujo nos presenta. El prudente Ulises se introduce en el interior del animal.



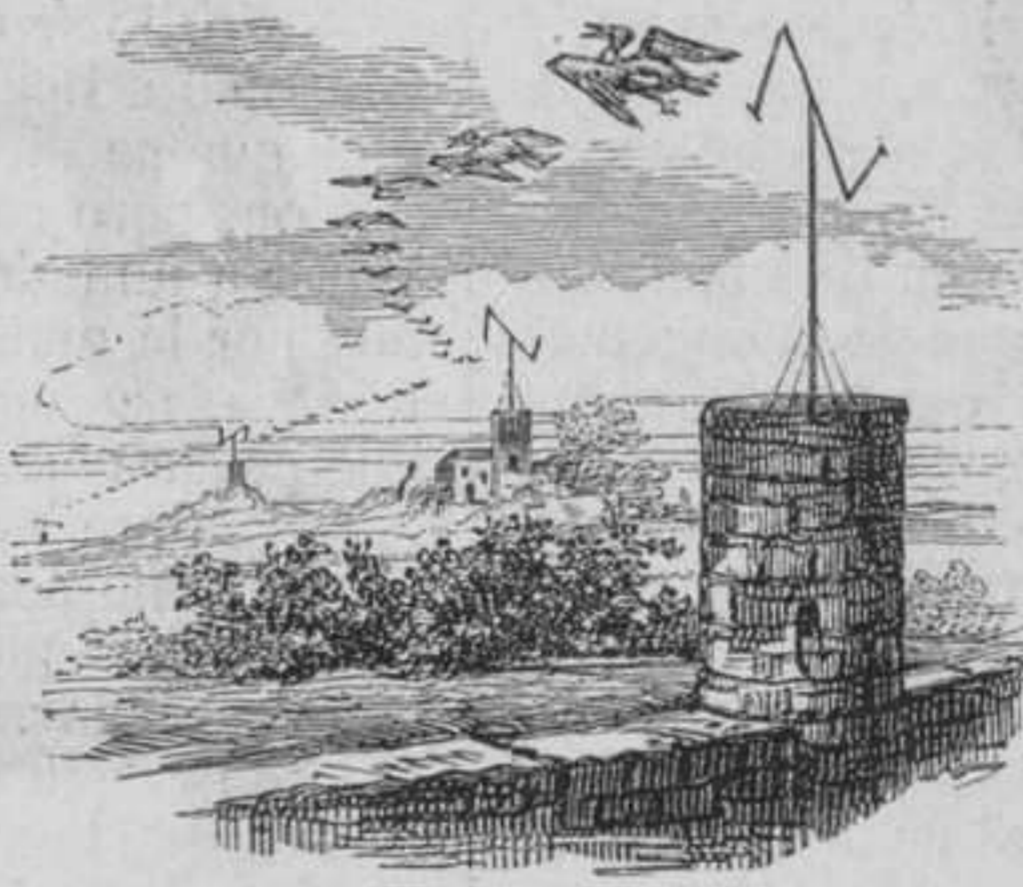
Soldado prisionero en la Siberia, que al cabo de medio siglo de ausencia vuelve á ver sus hogares.



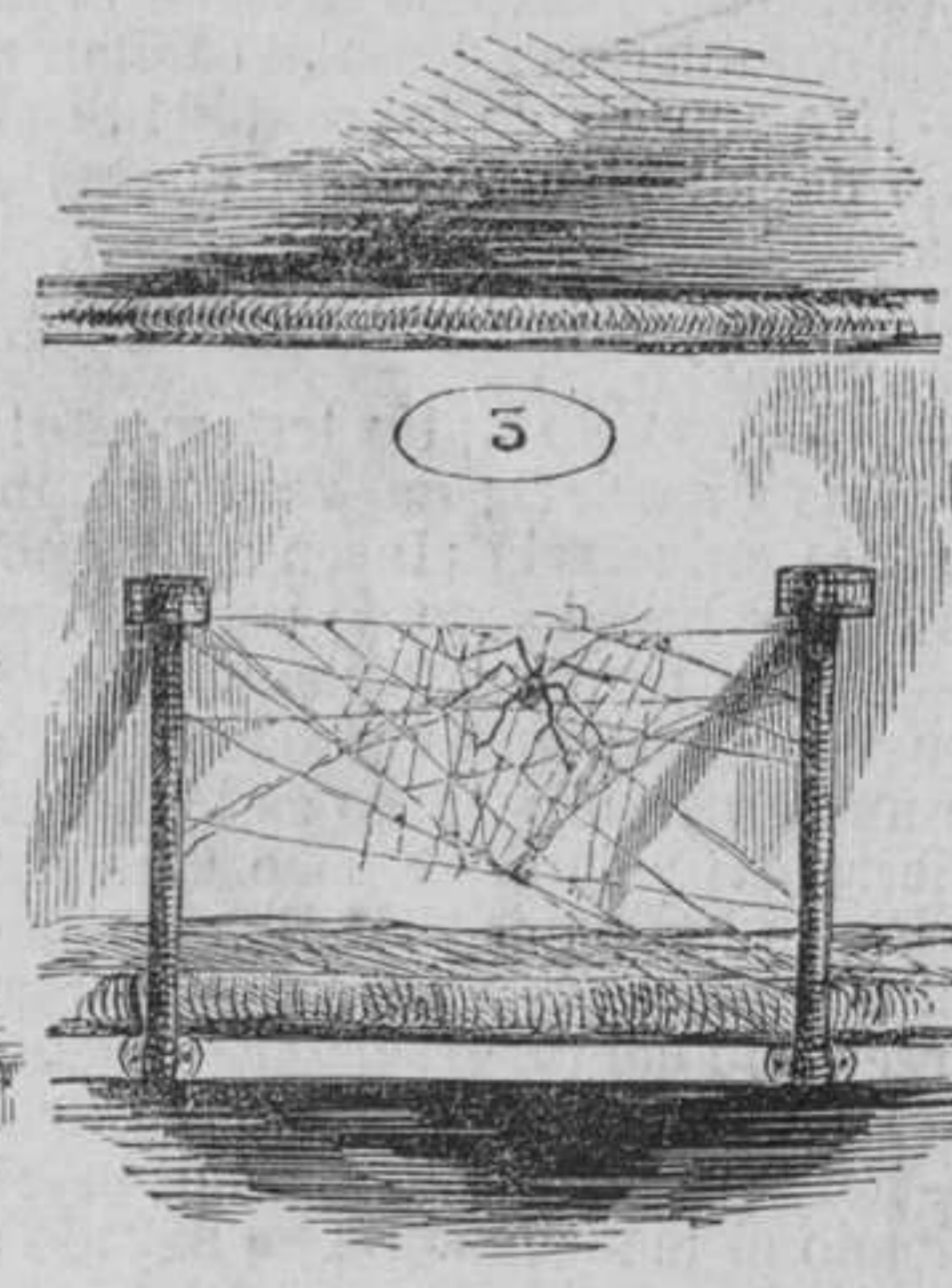
Un nacional solicitando una guardia extraordinaria.



Habiéndose deslizado un pez en el estómago de una jóven, su papá se aplica á pescarle, y saca un animal de extraordinaria gordura.



Superioridad del antiguo telégrafo para las trasmisiones del 1º de abril.



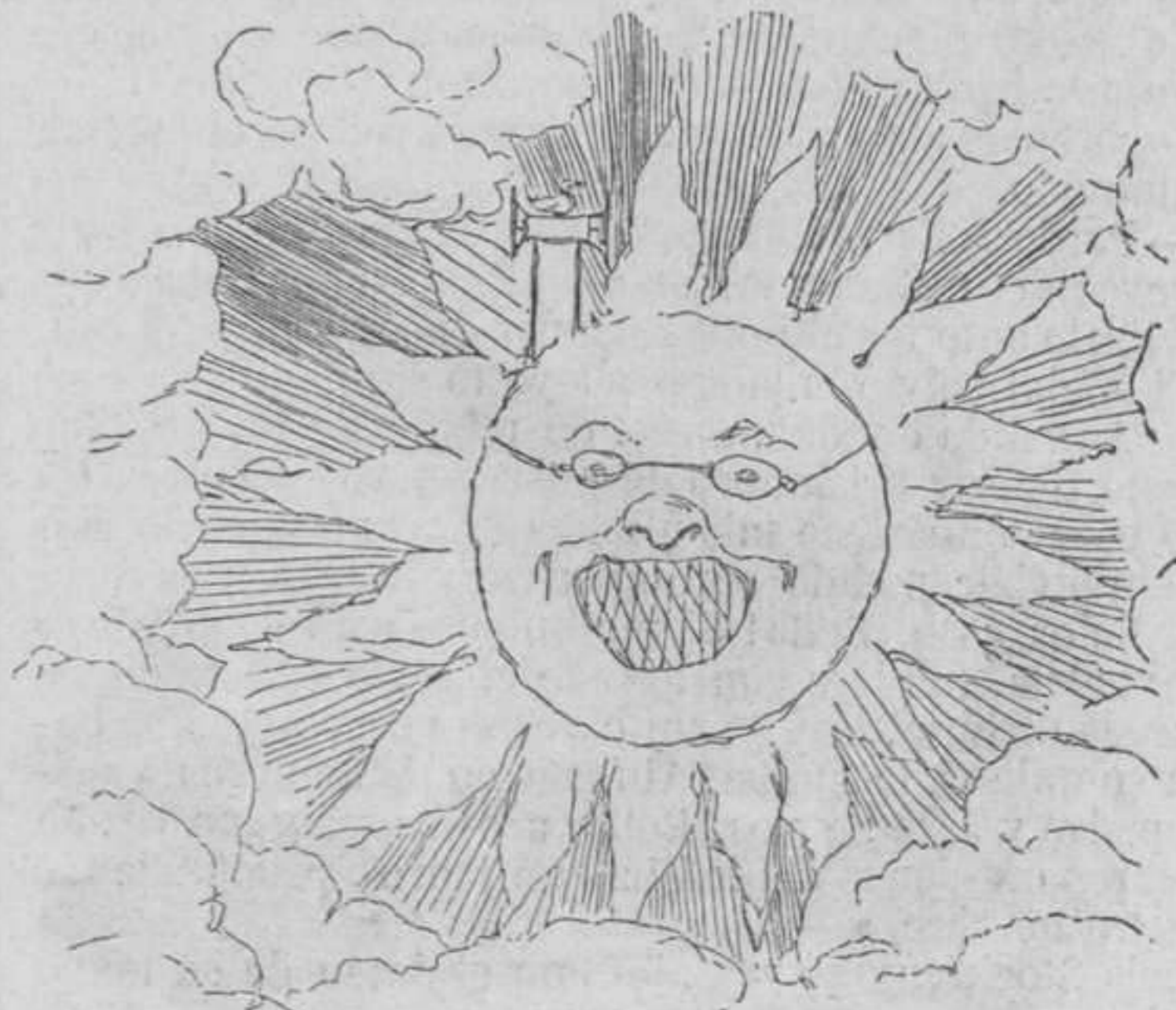
Araña melomana observada por una acomodadora amante de la ciencia en una butaca de un teatro lírico.



La jóven eléctrica. — Todos los sabios del Instituto son magnetizados violentamente por esta muchacha.



Y en coro confiesan que el hecho es innegable.



Eoca de estufa observada en el sol, á fin de explicar la suavidad de la temperatura.

M. H. Flandrin.

El arte acaba de sufrir una gran pérdida con el fallecimiento de M. Hipólito Flandrin, ocurrido en Roma, cuando este célebre pintor se hallaba en toda la fuerza de un talento que prometía aun gloriosos trabajos a la Francia. Hipólito Flandrin nació en Lyon en 1809, y después de haber aprendido en su ciudad natal los rudimentos de su arte, entró con su hermano Pablo en 1829 en el estudio de M. Ingres, á cuyos principios artísticos siempre han permanecido fieles.

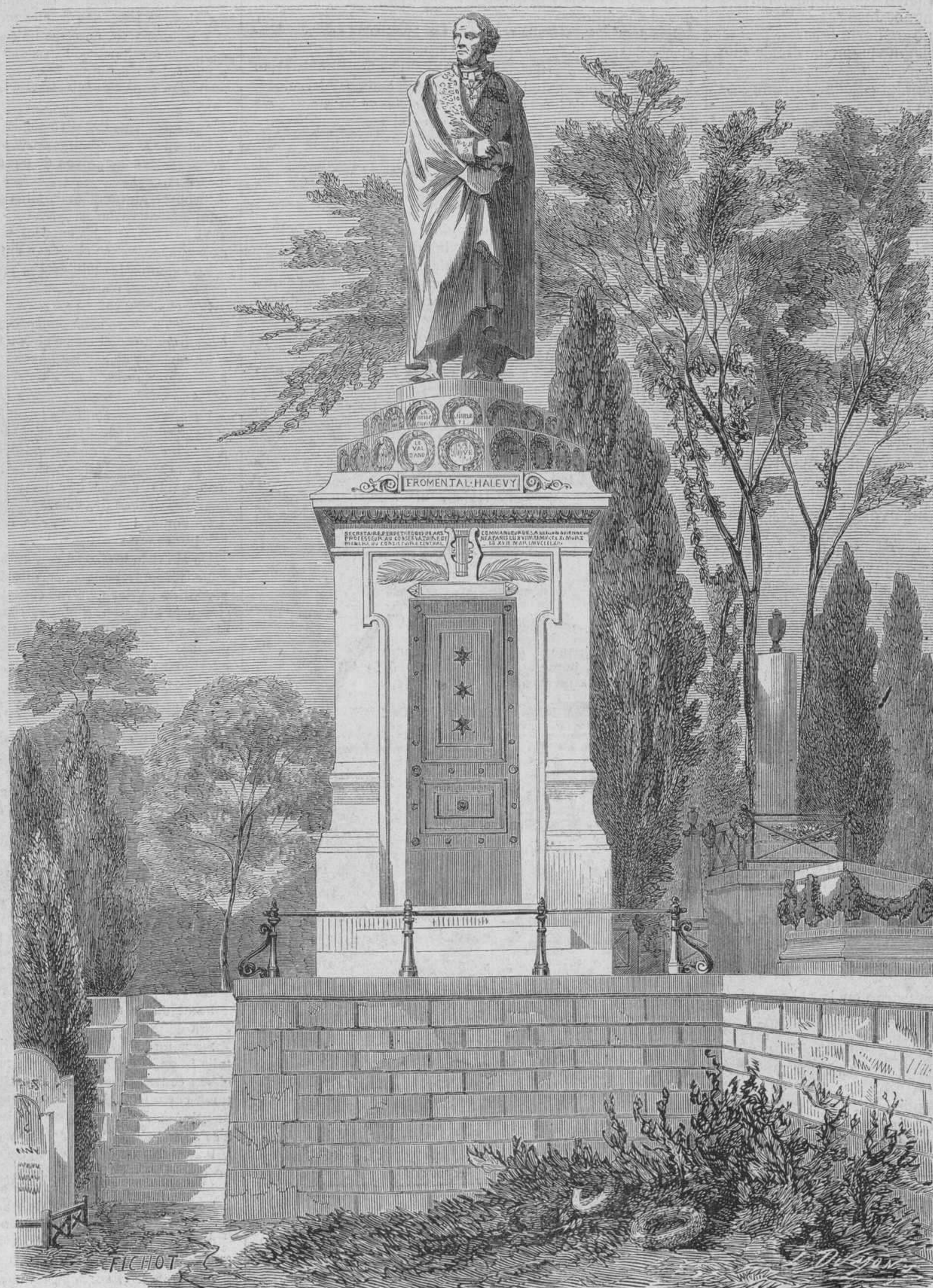
Aunque en la escuela de Lyon había ganado los premios de pintura, Hipólito Flandrin salió reprobado en París en el concurso de la figura pintada; el título de alumno de M. Ingres no era entonces una buena recomendación. Sin embargo, el talento creciente del joven pintor triunfó de estas resistencias, y en 1832 obtuvo el premio de Roma. En la villa Médicis se volvió á encontrar con los severos consejos de M. Ingres, nombrado director de la escuela. Su primer envío fué el cuadro de *Dante en el círculo de los envidiosos*, muy celebrado en la exposición; y el del quinto año fué el *Cristo de los niños*, obra digna de un museo. De vuelta en París en 1837, se entregó con ardor al trabajo, y produjo diferentes obras, entre ellas su famoso cuadro de *Saint Clair curando á los ciegos*. Pero la naturaleza de su talento le llamaba a las esferas más elevadas del arte, y muy luego debía encontrar su verdadera misión en la pintura mural religiosa. Su composición de la *Cena*, ejecutada por él en una capilla de la iglesia de San Severino, fué en París su primer triunfo en esta nueva carrera. En Lyon pintó tres capillas de la iglesia de Ainay, y en Nîmes la iglesia de San Pablo.

La iglesia de San Vicente de Paula en París le proporcionó ocasión de emprender una obra más extensa: en el largo friso de este templo moderno, realizó, con la feliz y suave inspiración que le era propia, el espectáculo religioso de aquellas largas procesiones de vírgenes y de santos que el arte cristiano del siglo VI desarrollaba con monotonía, y mediante los rígidos mosaicos, en la iglesia Sant' Apollinare in Città en Rávena.

En las pinturas murales de San German de los Prados se nota el mismo candor de sentimiento, la misma sobriedad severa; pero aquí manifestó más franqueza de estilo, y en varios de los asuntos una energía de ademanes más acusada. Estas obras austeras, correctas y doctas, cuyo valor principal estriba en la intimidad verdadera del sentimiento religioso, de la castidad ideal de la concepción y de la elevación del estilo, no podían ir por sí mismas al encuentro de la popularidad. Hipólito Flandrin no la buscaba, y al contrario, huía del brillo y del ruido. Produciendo laboriosamente obras que meditaba largo tiempo, no acudía á ningún artificio para asegurar su éxito, y las abandonaba á la apreciación de las inteligencias escogidas. En su excesiva modestia ha conservado siempre la más respetuosa deferencia con las opiniones de M. Ingres su maestro. Casi se podría creer que esta tutela se ha prolongado demasiado, y que ha ejercido una especie de compresión sobre el talento del alumno, que á su vez había legado también á ser maestro.



Hippólito Flandrin.



Mausoleo del compositor francés Halevy en el cementerio Montmartre.

Como pintor de retratos, M. Flandrin ha dado pruebas de una superioridad incontestable. En ese género demasiado comprometido en nuestros días por el falso brillo de una habilidad superficial, el manifestó siempre el respeto del arte, la seriedad del pensamiento y la castidad del pincel. Así será considerado como uno de los primeros retratistas de la escuela francesa contemporánea, después de ser el primero entre los pintores religiosos de la misma escuela.

Hacia tiempo se preparaba para una grande obra de pintura religiosa; su pincel debía decorar la hermosa catedral de Estrasburgo; pero una muerte imprevista le ha impedido cumplir tan importante tarea.

J. D. P.

El mausoleo del compositor Halevy

EN EL CEMENTERIO MONTMARTRE DE PARÍS.

Inmediatamente después de la muerte del célebre compositor F. Halevy, se abrió una suscripción para erigir un monumento á su memoria. El autor de la *Judía*, de los *Mosqueteros de la reina* y de otras obras notables por diversos títulos, merecía seguramente este honor. El monumento se inauguró el 17 de marzo último, segundo aniversario del fallecimiento del maestro que fué una de las glorias de la escuela francesa.

Largo rato antes de la hora prefijada para la ceremonia, una compacta muchedumbre llenaba el espacio reservado á los israelitas en el campo santo del Norte, muchedumbre compuesta de músicos, literatos, artistas, aficionados, y donde el Instituto, el teatro y el Conservatorio contaban numerosos representantes.

A las tres en punto la comisión encargada de recibir las suscripciones y de dirigir su empleo, se colocó en torno del mausoleo, figurando á su cabeza su presidente M. Auber. Los alumnos del Conservatorio entonaron en seguida el coro de las tumbas de *Guido et Ginevra*, al cual habían arreglado las palabras de un himno fúnebre de la liturgia hebrea, traducido al francés. Los cortinajes que encubrían el monumento cayeron en el mismo instante en que se concluía la última estrofa, y entonces se pudo juzgar la obra de MM. Lebas y Duret.

En esta obra se advierte tanta sencillez como grandeza. Es un zócalo de granito encarnado con tres gradas de mármol blanco encima, que tienen por único adorno treinta y dos coronas, leyéndose en cada una de ellas el título de una partitura de Halevy. Sobre la última se alza la estatua del gran compositor con el uniforme de miembro del Instituto, y una capa cuyos anchos pliegues ofrecen un aspecto á la vez severo y elegante.

El conde de Nieuwerkerke, superintendente de Bellas Artes, terminó la ceremonia con un discurso lleno de nobles pensamientos, y en el que supo apreciar dignamente el talento de Halevy, sus brillantes facultades, sus variadas aptitudes y la elevación de su carácter. Estas solemnidades fúnebres recuerdan siempre la terrible frase de Bossuet: « Nada falta en todos esos honores, nada sino es aquel á quien se hacen. »

G. H.